

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1873. — TOMO XLI.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administracion general y Redaccion : Passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 32. — N° 4,042.

SUMARIO.

El Doctor don Carlos Tejedor; grabado. — **La doctrina social en nuestros tiempos.** — **La Natividad;** grabado. — **La leña y el fuego;** grabados. — **Revista de Paris.** — **Poesías.** — **Un acontecimiento arqueológico;** grabado. — **La Armenia y la Persia.** — **Aspecto de las islas de Chatou en las cercanías de Paris;** grabado. — **Cuentos de Hoffmann.** — **Inundaciones del Marne, en las cercanías de Paris;** grabado. — **Tipos y fisonomías de Paris:** **El «Paraiso» en el teatro del Ambigu;** grabado. — **Memorias de un criado.** — **Aspecto del llano de Aviñon, inundado por las aguas del Durançe;** grabado. — **Problemas de ajedrez;** grabado.

El Doctor

DON CÁRLOS TEJEDOR.

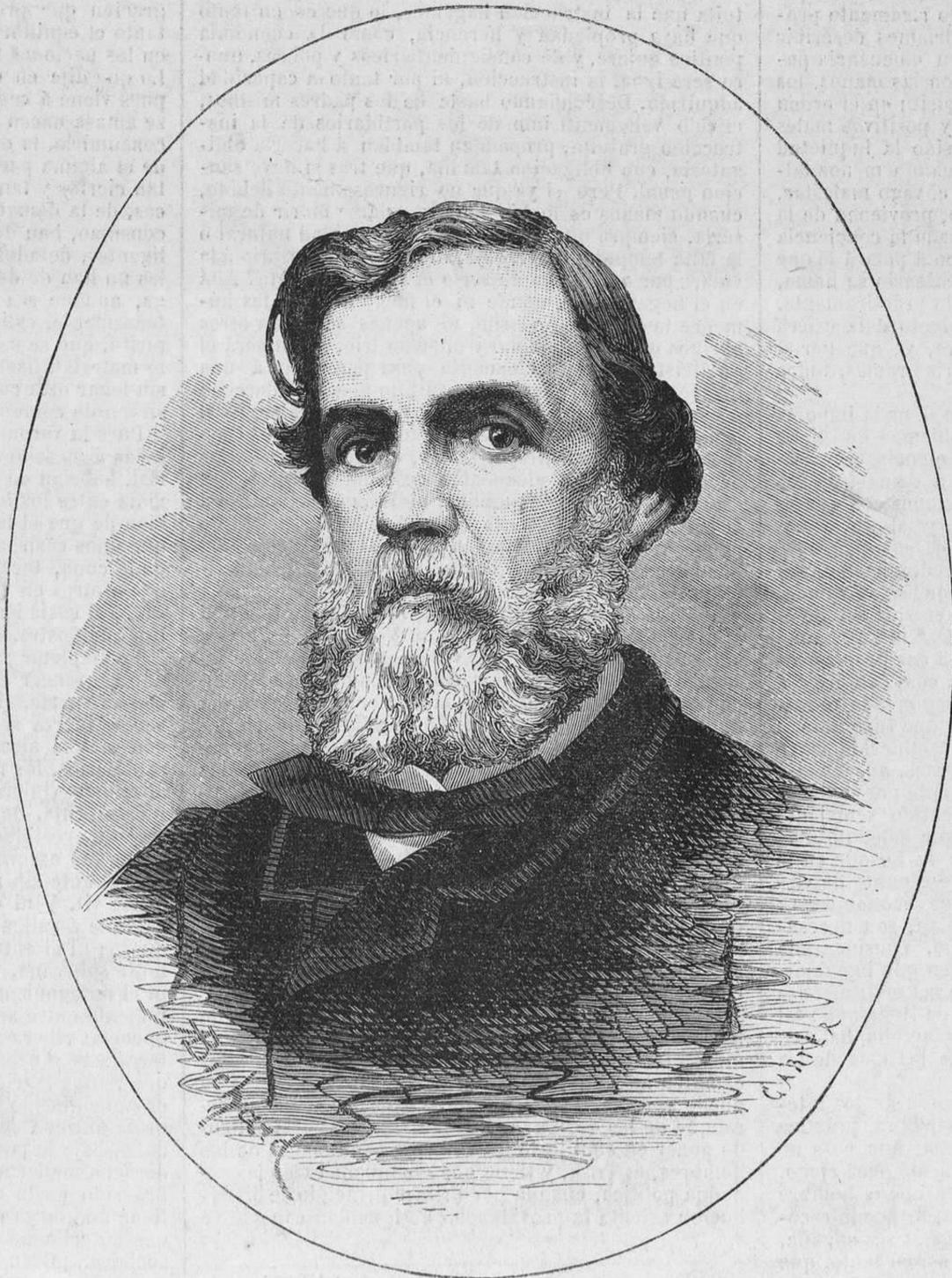
Damos en esta primera página el retrato del actual ministro de Relaciones Exteriores del gobierno nacional de la República Argentina.

Cuenta hoy cincuenta y cuatro años de edad.

A los veinte escasos era ya doctor en jurisprudencia.

En 1839 formaba parte del ejército del general Lavalle, siendo uno de tantos jóvenes de aquella época que empuñaban ya las armas, ya la pluma para combatir la tiranía del dictador Rosas.

A consecuencia de los sucesos políticos y de los reveses sufridos por el partido en que militaba, tuvo con otros muchos que emigrar á Chile, adonde empezó á escribir y á propagar las mismas ideas que mas tarde triunfaron en los campos de Monte-Caseros.



DOCTOR DON CÁRLOS TEJEDOR,
Ministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina.

En seguida regresó á Buenos Aires, provincia de su nacimiento.

Allí desempeñó sucesivamente los cargos de diputado y ministro de Gobierno de la provincia.

Tomó parte en el Pacto de 11 de noviembre de 1859, que dió por resultado la reincorporación de Buenos Aires á la confederación, de la cual habia estado separada desde que se jurara la Constitución que habia sido hecha en virtud del Acuerdo de San Nicolás, y que Buenos Aires no quiso ratificar.

En el Pacto de 11 de noviembre, la influencia del doctor Tejedor tuvo una parte muy principal para preparar y decidir la union nacional, la cual quedó definitivamente asegurada despues de la batalla de Pavon.

En el corto tiempo que hace desempeña el ministerio de Relaciones Exteriores, ha prestado importantes servicios en obsequio á la paz del Rio de la Plata.

En la pacificación de la República Oriental del Uruguay, como representante de su gobierno en la mediacion que emprendió y llevó á cabo, le hemos visto conducir hábilmente la accion diplomática que este le confiara; merced á la cual, y al tino del ministro argentino, hoy goza aquella República de completa paz.

Es uno de nuestros primeros criminalistas, dice el *Plata Ilustrado*, de donde tomamos todos estos datos; ha escrito varias obras de derecho, y es el autor del Código Penal para la República, el cual aun está pendiente de la resolucion del Congreso.

Deseamos que sea tan feliz para lo venidero en la carrera espinosa del hombre público, como lo ha sido hasta ahora.

P. I.

La doctrina social

DE NUESTROS TIEMPOS.

(Continuacion. — Véase el número 1,041).

II.

Nadie negará que ande el mundo sobradamente inquieto y confuso; y aun mas agitado moral que no materialmente todavía. Sin duda los peligros no son tan grandes ni tan inmediatos, sobre todo, cual la imaginación se los representaba recientemente; pero grave sintoma es este de convenir todos en dar nombre de problemas, que quiere decir cuestiones por resolver, á las que solicitan mas invenciblemente nuestra atencion ahora, y piden resolucion con mas urgencia. Todo en la actualidad parece provisional é insubsistente; todo da á entender que algun gran error de opinion perturba al presente el curso natural de las cosas; todo inclina á pensar que algun gran sofisma está haciendo incesantemente el vacío en la atmósfera que respira el organismo social. Ni aun los singularísimos hechos militares ó políticos que todos sabemos, y de que he hablado otras veces, son parte á impedir que, cuando se piensa, se piense hoy al punto que hay algo todavía de mas interés que ellos, con ser tales. ¡Pluguiese á Dios, señores, que no fuera ese algo, segun es, el problema religioso, ó que ya que existiese, cual otras veces, no tuviera por lo menos, el carácter político, sociológico, universal, que hoy tiene! Que era ya triste y peligroso, en verdad, que á sus solas dudase el hombre de la existencia de un Ser Supremo, infinitamente misericordioso y providente, eterno y gratuito dispensador de la perfecta justicia; mas, ¿cómo comparar ni aun de lejos aquello con los peligros y las tristezas actuales? No es hoy, no, cualquier hombre aislado quien duda, niega y prescinde de Dios, sino tanto y tal número de hombres, que pretenden poseer y llevar la voz de la sociedad entera. Con grande exactitud y elocuencia solian pintar nuestros escritores ascéticos la misera vida que vivir suele el alma infiel, aun estando ricamente provista por la fortuna. Pues todos podríamos describir ahora, con igual exactitud, si no con elocuencia parecida, ya que estamos tocándolos con las manos, los efectos de aquella enfermedad del espíritu en el orden social. No solamente los concretos y positivos males que en realidad se experimentan, sino la inquietud intima, los terrores exagerados, ó cuando menos faltos de inmediato fundamento, todo el vago malestar, en suma, que siente el mundo culto, provienen de la incredulidad ó de la duda, que desde la conciencia individual se ha ido trasmittiendo poco á poco á la que en cierto modo cabe llamar, y de ordinario se llama, conciencia pública. Para demostrarlo prácticamente, no es preciso levantar el entendimiento á la esfera teológica, ni á la metafísica siquiera, ya que por sí sola ofrece la sociología en sus varias ramas, todos los datos apetecibles.

Diriase á primera vista, que poco ó nada importa la fe religiosa á los complicados problemas que tiene hoy sobre sí la economía política, ciencia especialmente consagrada, cual es sabido, á demostrar los orígenes de la riqueza y las condiciones con que se obtiene y reparte entre los hombres; y tal era, al parecer, la opinion del mas seguido de sus maestros, Bastiat, individualista, liberal é incrédulo, todo á un tiempo. Mas fatigase en vano, por lo que se va viendo, esta ciencia en hacer entender por sí sola á todo el mundo que la distribucion de la riqueza inmensa, que nuestra sociedad posee, con arreglo á sus propias leyes, realiza la justicia, dando á cada cual conforme á su capacidad, y á toda capacidad segun sus obras. Parten estas leyes de que Dios, ó lo que Dios llaman algunos, no puede menos de haber establecido sobre el planeta una total armonía de intereses, adecuada á su absoluta justicia, dando naturalmente por sentado, pues de otro modo careceria de sentido semejante doctrina, que no hay mas mundo que este, ni mas justicia para el hombre que la que se busque en la vida mortal. Ni es el optimismo, de ese punto de vista, exclusivamente propio de ciertos economistas: todos cuantos al cristianismo desdeñan, son necesariamente optimistas tambien; porque, considerando al mundo como objeto absoluto, tienen que imaginarlo perfecto en sí, y estropeado por las instituciones humanas. Tal fué la osada hipótesis de Rousseau: tal es la tesis que disimuladamente desarrolla Bastiat, en su áspera critica del Estado y de las mas de las instituciones históricas.

Bien que la idea matriz de la armonía de los intereses sea sencilla, conciliadora, consoladora, práctica y hasta religiosa, como Bastiat enseña, una cosa no puede negar, sin embargo, el optimismo mas ciego, que es la existencia del mal. « Puesto que el hombre es libre, (dice al confesarlo el maestro), puede escoger; y si escoge, puede engañarse; y si se engaña, puede padecer. » (1) Pero la verdad es, en tanto, que

libres y todo como somos, nadie escoge de antemano las facultades físicas é intelectuales con que nace; nadie, sus padres que, segun la condicion que tengan, le han de dar luego mucha instruccion, ó no darle la instruccion mas mínima. Y, sin embargo, al fijar las justas leyes de la distribucion de la riqueza, cuentan los economistas con estas dos desigualdades, existentes siempre entre los hombres: la una, establecida por la naturaleza misma, otorgando mas capacidad á estos que á aquellos para el trabajo; la otra, por el acaso del nacimiento, que tan diferente entre estos y aquellos hace tambien la capacidad adquirida. Sabido es á todo esto, que la naturaleza, amiga de compensaciones, suele sustituir con personal valentía, y fuerza bruta en unos, la capacidad especial para el trabajo, que en otros escasea; y tratándose de dones naturales, falta razon concluyente para estimar, á tal ó cual en mayor precio, prefiriendo, por ejemplo, la destreza á la energia. Vemos, al contrario, que, en su primitivo estado, ó cuando mas se deja gobernar por la madre naturaleza, los dones nativos que prefiere, y hace valer el hombre, no son los de la capacidad precisamente, sino el valor y la robustez física. No establece, por tanto, la desigualdad natural de las capacidades, un principio de justicia distributiva evidente y sin dificultad admitido por todos, antes bien, entre esa dificultad y otra no menos nativa, que es la de la fuerza, percibese una lucha originaria y constante, en que no ha solido llevar la última parte la peor, desde los de Cain hasta nuestros dias. Pues todavía, señores; todavía, si la capacidad natural constituyese, que no constituye, un derecho reconocido unánimemente, permanecería muy empeñada la contienda, pues quedaba por resolver el segundo punto, el punto complicadísimo de la capacidad adquirida. Que, supuesto que origina ella tambien mayor derecho á la riqueza, ¿no parece á primera vista razonable que esté su adquisicion á igual distancia de todos? Así es que el principio de la capacidad adquirida, constituido en norma de la distribucion justa de la riqueza, como por la mano lleva hoy á los economistas á admitir, mal de su grado, el derecho á la instruccion gratuita; pues de otra suerte, ¿qué justicia absoluta habria de haber en la fórmula célebre de dar á cada cual conforme á su capacidad, y á cada capacidad segun sus obras?

Y obsérvese ahora, señores, que por íntegra y gratuita que la instruccion hagamos, lo que es en tanto que haya propiedad y herencia, como la economía política quiere, y de consiguiente ricos y pobres, nunca será igual la instruccion, ni por tanto la capacidad adquirida. Desconfiando hasta de los padres mismos, el celo vehementísimo de los partidarios de la instruccion gratuita, propenden tambien á hacerla obligatoria, con obligacion tamaño, que tras si lleve sancion penal. Pero si ya que no rigurosamente debido, cuando menos es loable y lícito dejarse morir de miseria, siempre que la escasez de capacidad natural ó la falta temporal de trabajo, nieguen lo necesario á la vida, ¿por qué no ha de serlo el vivir ignorante? Allá en el hogar pobre, donde ni el fuego arde en las húmedas noches de invierno, ni apenas se gozan otros abrigos que el del techo y el suelo frio, ¿cuál será el publicista bastante elocuente para persuadir á una madre, de que si bien posee su hijo absoluto derecho á que le enseñen á leer, ninguno tiene al calor, ni al lecho, ni aun al suficiente alimento? El Estado, el derecho que él constituye, la ley, en suma, segun los mas sanos y mas elocuentes economistas, ni deben crear la beneficencia pública, ni intervenir jamás en la privada, por ser cosas estas á que la sociedad no puede atender oportunamente, sino por medio del libre desarrollo de sus universales fuerzas productivas y de todas sus facultades morales. (1) Por exacta y fundada que esta opinion sea, fijaos, señores, en el caso particular que he apuntado. Ver llegar un hijo á su fin, no rápidamente, tal vez, mas si al paso, ni inseguro ni tardo, de la miseria, ¿puede ser cosa debida bajo una legislacion que, si él, por acaso, vive, ha de forzarle á que lea y escriba el alfabeto de su patria, sin otro efecto probable que duplicar su ignorancia, dándole á entrever imperfecta y vagamente las ideas? Tales son, señores, las gravísimas consideraciones á que, humanamente juzgando, se prestan las leyes económicas sobre la distribucion de los productos; y no otras son, que las ya enunciadas, las espantables preguntas que sin cesar hace el proletariado inquieto de nuestra época. Todo el socialismo contemporáneo, con su negrísima historia y sus futuras y latentes amenazas, suele estar contenido en las respuestas que indeliberadamente dan á esas preguntas muchos y muchos hombres de ciencia.

Comun en los últimos es acusar á los proletarios de marchar ciegameute hácia lo desconocido; pero no es menos frecuente por cierto, que, sin repararlo, ellos caminen hácia lo desconocido tambien. Sin riesgo se puede afirmar, que toda industrial reforma que no arranque de las desigualdades individuales, pretendiendo poner en equilibrio las diversas condiciones de los hombres, es falsa, y tiene por eso mucha razon la economía política, cuando por primer principio de distribucion asienta la providencial desigualdad con que se

nace. Pero si todo hecho por ser natural constituyese un derecho perfecto, ¿cómo declarar ilegítima la eterna lucha que contra la nativa ventaja de la capacidad sustenta la ventaja igualmente nativa de la fuerza bruta? Por otro lado, señores; tampoco falta razon á la economía política, para señalar por segunda base de distribucion, la capacidad adquirida; mas si esto obliga á reconocer como derecho la instruccion gratuita y obligatoria, el socialismo entero, quedará reconocido de un golpe. No basta, pues, con que ciertas premisas parezcan ó sean ciertas: preciso es prever tambien hasta dónde alcanzan sus consecuencias inevitables.

Verdad será, señores, (y cítole por nuevo ejemplo de las dificultades que la economía política encuentra para resolver por sí sola las cuestiones sociales); verdad será, repito, que la libre concurrencia tiende á establecer á la larga una completa armonía entre los intereses del capital y los del trabajo; pero en el entretanto, ¿qué tiene que ver la suerte de cada capitalista de por sí, con la del capital, mirado en conjunto? Al trabajador que, sin culpa suya, sucumbe, no bien la mercancía llamada trabajo, ó brazos, está sobrando, si ya no es que emigra, dejando tras si tantas cosas queridas, ¿hasta qué punto lo compensa de sus dolores presentes la armonía venidera del capital y el trabajo, que el hombre de ciencia marca friamente en los horizontes inconmensurables del espacio y el tiempo?

Y aunque la especie humana, poéticamente personificada, erigida hipotéticamente en individuo y en una inmensa persona, esté muy bien hallada con el moderno industrialismo, que levanta la cabeza capitalista hasta las nubes, y hunde los pies proletarios en insondables abismos, ¿cabe, señores, que por solo eso se reputen tambien dichas las personas, de carne y hueso, á quienes toca servir de ocultos ó manifiestos linderos, entre la posibilidad y la imposibilidad de vivir, fijadas por las líneas paralelas y evidentemente desiguales, que en progresiva marcha siguen las subsistencias y los nacimientos?

Porque bien que no falte tal ó cual economista, como Carey ó el conde de Cavour, que en gran parte contradiga la doctrina de Malthus, despreciando los futuros peligros del pauperismo; ¿quién ha de negar ya, por lo menos, que únicamente á la miseria, con su latente eficacia, sus prohibiciones crueles ó la emigracion que promueve, le es dado mantener algun tanto el equilibrio entre la produccion y el consumo, en las naciones viejas, y ya por completo explotadas! Lo que dije en otra ocasion, quiero repetir ahora, pues viene á cuento: por cada pan que en el mundo se amasa nacen dos personas, si no mas, la una para consumirlo, la otra con la esperanza de que le alcance de él alguna parte. ¡Y pensar, señores, que esas leyes tan ciertas y tan inflexibles, como que son matemáticas, de la demanda y el precio, de la produccion y del consumo, han de realizarse en seres, sensibles, inteligentes, dotados de voluntad y libre albedrío, los cuales no han de dejarse aplastar por ninguna fuerza ciega, aunque sea irresistible, sin protestar ruidosa y tenazmente, estimulados por la independencia del espíritu, que se está sintiendo en ellos superior á todo lo material, hasta el punto y hora en que sucumben, sin legar otra cosa al sepulcro que los átomos que les sirven de comunicacion con la tierra!

Pues la verdad es, por otra parte, que, ni aun dejadas á un lado la miseria y la pura necesidad material, habrian de callar la emulacion, la codicia, la envidia entre los hombres, ante la abstracta consideracion de que el bien de la personificada especie exige, que unos sean favorecidos, y desfavorecidos otros desde la cuna, tocando muchísima menor parte á unos que á otros en el breve festin de la vida. Que bien mirado, el socialismo procede todavía mas que del hambre que postra, de la envidia que excita y encoleriza.

Y cúmpleme ya decir, señores, que con ser tan árduo convencer á los hombres de que deben resignarse con su suerte, si no es buena, ni aun siéndolo muchas veces, fuerza será que al fin y al cabo se contenten con la que alcanzan hoy, á poco mas ó menos, los proletarios, los miserables, los desfavorecidos, los que al mundo vinieron mas escasos en capacidad que en fuerza bruta. De lo contrario, la propia causa que destruyó en realidad las repúblicas griegas, y trajo sobre Roma tan oscuros dias, ha de obligarnos á ondular ya en adelante sin reposo alguno de la barbarie al cesarismo vil. Y ni el antagonismo feudal, sostenido, de valiente á valiente, y de castillo roquero á castillo roquero; ni el antagonismo monárquico de familia á familia soberana, y hasta de deudo á deudo sustentado; ni el antagonismo de las naciones ejercitado sangrientamente entre ambas vertientes de los Pirineos, ó las opuestas riberas del Rhin, ó las diversas costas mediterráneas y oceánicas; ni el antagonismo religioso, que tantas lágrimas costó á nuestros antepasados; ni el antagonismo político, que todavía presenciamos, de la antigua soberanía, religiosa, tradicional, heredada, bajo la cual hemos nacido, con la del titulado derecho moderno; ningun antagonismo, en suma, habrá sido hasta aquí tan funesto al hombre, cuanto tiene á la larga que serlo, si no lo remedia Dios, este que describiendo ahora voy entre las diversas clases sociales. ¡Gran burla del destino, por cierto, haber aparecido, como nunca antagonismo tal en un siglo que, no contento con la libertad y la igualdad, habia escrito tambien la fraternidad por lema en sus banderas!

(1) Véase, entre otros textos, el artículo del *Diccionario de la Economía política* de Coquelin y Guillaumin, que firma M. de Cherbuliez, publicista y economista muy distinguido.

(1) Bastiat. — *Harmonies économiques*. P. 42. — Bruxelles, 1830.

III.

Es, señores, patente que hay aquí tesis y antítesis; y, por fortuna, no falta síntesis que las abraza. Pero la síntesis esa, no pertenece á la economía política, en particular, ni en general á la sociología, ni procede de la razón humana únicamente. Nada solo opone, ni por sí sola opondrá nunca la economía política al proletariado inquieto y rebelde, á menos que no reniegue de sus propios axiomas, cayendo precisamente en los errores de que huye, como lo indican ya las consecuencias lógicas que traería consigo el derecho á la instrucción gratuita. Notable prueba ofrecen de ello ciertos escritores, y señaladamente el conde de Cavour, dando por absolutamente necesario á la economía política el principio de la caridad legal, con el fin de que ningún hombre esté expuesto á sucumbir á la extrema miseria (1); que esto, según declaran los mas y los mejores economistas, equivaldría á reconocer un derecho exigible á la asistencia, y es puro, purísimo socialismo. Prueba perenne, y mucho mayor de eso mismo presenta cada día de la nación economista por excelencia, Inglaterra, reconociendo en su ley de pobres que tiene obligación la sociedad de mantener á sus miembros indigentes (2); lo cual rigurosamente exigido y cumplido, bastaría á destruir todo el actual sistema económico, constituyendo el socialismo de hecho. Y es, señores, que digan cuanto quieran los economistas estrechos y ciegamente apegados á sus pretenciosas fórmulas, entre la ley matemática que gobierna las cosas, y la ley moral que rige al hombre, hace siempre falta otra ley que obre á modo de constante mediadora; ley equitativa, flexible, varia en sus resoluciones, y hasta inconsecuente, cuando fuere preciso, que concierte el humano espíritu contradictorio y libre, y con la eterna unidad y uniformidad del régimen fatal de la materia. Si esta ley no se llama caridad cristiana, hay que llamarla caridad legal; donde Dios no la haga observar, hará observar el poder, llámese este imperio ó Commune de Paris; y los ingresos de su presupuesto tendrá que buscarlos con apremios duros el cobrador de contribuciones, cuando no los acumule espontáneamente el amor de Dios en los capillos de los templos, ó á porfía los ofrezca la penitencia.

No sin exactitud pudiera el orden social compararse ahora á una medalla con el cristianismo en el anverso y en el reverso el socialismo; y hay que escoger entre sus dos caras forzosamente. Lo que los políticos y los economistas incrédulos están haciendo al presente, es desmontar á toda prisa una máquina, tan complicada y sutil, que aunque hasta aquí no marchase con regularidad perfecta, ni saben ni sabrán nunca reconstruir, siquiera como estaba; al modo que necesariamente destruyen los niños el reloj que cae en sus manos. Salta ya, á los ojos de todos, que las leyes económicas, hasta aquí descubiertas en la magnífica civilización europea, dependían en su íntimo y esencial artificio de una especie de rueda catalina, que era la doctrina cristiana; y cuanto orden práctico y moral nos queda aun, al influjo de esa doctrina se debe, bien que sea su influjo en muchos, y acaso en los mas, inconsciente. Y en vano gritará desaforado cualquier publicista democrático, como el francés Tissot, y va de ejemplo, que « *el derecho al trabajo*, consiste solo » en la facultad civil ó jurídica de todo individuo, á » aplicar sus fuerzas ó su inteligencia, ya sobre una » materia ajena, que, mediante cierta retribución, » debe explotar, á gusto de su propietario legítimo » (3). Por poco que les sea ya posible creer á los trabajadores, como el autor de tal definición nos dice, en el origen religioso de la moral, menos han de tomar ya por artículo de fe que sobre ninguna primera materia exista propiedad legítima; y menos entenderán seguramente por *derecho al trabajo* lo que él entiende. Sin la fe religiosa, en resumen, y aunque á primera vista no lo parezca, toda noción de justicia llegaría á ser incompatible, según se está ya viendo con las leyes ciertas de economía política.

IV.

Muy inútilmente, señores, pretenden algunos de los publicistas democráticos, y no pocos de los economistas armonizadores, sus hermanos, reemplazar el culto á Dios, en las masas populares, con el fantástico concepto de humanidad que en gran parte informa al presente las ciencias morales y políticas. Nunca suplirá un Dios-humanidad á un Dios-Estado, las antiguas y sublimes funciones del Dios del cristianismo. Y asómbrame, á la verdad, que un concepto semejante sea prohibido por economistas preciados de individualistas, así como por inteligentes y sinceros mantenedo-

res de la civilización cristiana. Pero el hecho es patente, y yo pregunto, ¿qué especie de ente es ese de que ya unos, ya otros, con tan aparente certidumbre nos hablan? ¿Dónde está, quién le ha visto ó le conoce? Suponiendo que tenga ser propio, ¿cuál es su parentesco con cada individuo de por sí y hasta qué punto tienen obligación estos individuos mismos de interesarse por su suerte? ¿Se funda en algún principio científicamente indagado y demostrado, el deber de preferir al bien propio el bien de ese otro ser allegadizo y vago? ¿Qué plausible razón hay para que se satisfagan los apetitos individuales con los goces colectivos, y para que no rehuse nadie tener por compensación justa de su propia miseria, el espectáculo deslumbrador de las riquezas inmensas que atesora la titulada humanidad en nuestro siglo?

No sé si los sabios que reducen la economía política, á simple rama de las ciencias naturales, y, en especial de la zoología, piensan tener respuestas ó soluciones concluyentes á tamañas dudas. Para mí no las tienen; que yo soy, señores, de los que opinan, que eso que por medio de un neologismo, llamamos humanidad actualmente, no es sino pura abstracción metafísica en cierta acepción, y en otra, aquel depósito inmenso, acumulado por la historia, donde, por legítima herencia, recoge el trabajo material, intelectual y moral de las generaciones muertas la generación que vive. Quizá nos alcance á todos alguna culpa en que tanto se extienda y vulgarice este tal concepto de humanidad que impugno, porque ¿quién no ha usado semejante voz muchas veces con intención meramente retórica, significando algo distinto de cada hombre en particular, y de todos los hombres? Pero nadie favorece á mi juicio este error como los escritores a'emanes de derecho público, que suelen intitular sus libros Física ó Fisiología del Estado. Para algunos de tales autores, semejante error es sistemático; y al considerar al Estado, no según es, como un proceso de ideas morales, sino como un verdadero proceso fisiológico, iniciado ó impulsado por leyes naturales y mecánicas, voluntariamente destruyen la mas excelente parte de la teoría del Estado, que es la ética. Para otros muchos es inadvertido error este, porque aprovechan el tecnicismo alemán, sin sospechar su alcance. Y como Estado vale lo mismo que humanidad, determinada local y parcialmente, la teoría alemana, y el tecnicismo alemán sobre la dicha ciencia del Estado, sugieren en otras partes la falsa idea de que es posible hallar leyes matemáticas para las humanas voluntades, y que ellas obedezcan fielmente, ni mas ni menos, que, siguen sin murmurar los cuerpos orgánicos é inorgánicos las de la fisiología, la física, y la química. En Alemania, donde tantas de esas Fisiologías ó Físicas del Estado se escriben, no han tardado en deducirse de ello gravísimas consecuencias prácticas. El Dios-Estado, el Estado representante de la humanidad pura, realización y glorificación suprema de su espíritu, ha surgido allí del concepto de humanidad, como las uvas de Noé de los verdes pámpanos; y ninguna idolatría, ninguna herejía, ninguna rebelión, ni aun la del materialismo mas cínico, parece ya tan peligrosa cual esta nueva á los que, desde un punto de vista cristiano, observan el presente estado de la raza germánica (1). En estas otras partes de Europa, donde el Estado no se halla tan amplia, ni tan sólida, ni tan gloriosamente representado, en verdad, como lo está por el reciente imperio de los antiguos grandes maestros teutónicos, no hay que temer idolatría semejante; pero el principio de rebelión es por acá idéntico, y aun presenta caracteres mucho mas peligrosos, por ser su expresión constante y propia la anarquía. Para mí, de tal teoría y de tal tecnicismo, toda realidad está ausente. Fuera del hombre, positivamente existen una verdad y una necesidad objetivas, que el idealismo ha negado en balde; y esta verdad, y esta necesidad objetiva, están principalmente representadas en el mundo moral por el Estado. Pero eso no constituye mas que uno de los polos del mundo moral; el otro es la voluntad libre y consciente, que dentro del hombre reside. No hay anfiteatros, ni laboratorios, ni siquiera cárcel segura sobre el planeta, donde ni física, ni fisiológicamente quepa el impalpable y misterioso ser de las voluntades humanas; y no siendo, como no son homogéneas, tampoco es posible formar con ellas verdaderas sumas. La humanidad no es, pues, suma aritmética siquiera; sino una mera agregación de individuos libres, como libres, heterogéneos, y sin duda alguna regidos por sobrehumanas causas, sin las cuales nada se explica en la práctica, ni se organiza en la ciencia.

No haya la menor esperanza, por tanto, de que ese concepto de la humanidad, que hasta en las flacas manos del sentido común se hace polvo instantáneamente, llegue á dar á los economistas, por mas que se afanen, lo que les hace hoy falta, para impedir que los sepulte el socialismo en sus olas inmensas y amargas, al modo que suele anegar el Océano las barcas frágiles de los imprudentes pescadores. Y donde no alcanza la ciencia, claro está que han de quedarse muy cortos los remedios empíricos. Cuanto vemos y tocamos por eso mismo nos dice á voces, que las desmedidas aspiraciones optimistas que todo ateísmo y todo materialismo, naturalista, positivista ó panteísta en-

gendra, así en la sociedad como en la ciencia, no son de menos imposible satisfacción, que lo fueran, la de hacer eterna esta misera vida, ó la de sustraerla al dolor. Y tal es el motivo, señores, tal es el motivo de que á todos, sin excepción, nos parezca hoy día superficial y para poco, cuanto en la práctica les sugiere á publicistas y economistas; su vivo deseo de tranquilizar al proletariado actual, tan pronto descristianizado como enloquecido.

V.

Oyendo atentamente á las personas elocuentes é ilustradas que á las veces intentan resolver los problemas sociales contemporáneos, ¿no os ha acaso maravillado, tal y como me ha maravillado á mí, señores, la poca eficacia de sus soluciones, bien y prácticamente examinadas? Pues no es culpa, no, de los que las buscan; es que no caben en la esfera donde exclusivamente giran sus doctrinas. Hay que hacer algo, nos han dicho ya muchas veces: hay que buscar una transacción legislativa entre el capital y el trabajo, el proletariado y la propiedad de la tierra; pero en realidad no es algo, sino casi nada en comparación de lo que se solicita cuanto hasta aquí nos han propuesto.

Las sociedades cooperativas, por ejemplo, de que tanto se habla, son harto menos eficaces que muchos piensan, entre otras razones mas obvias, porque esa combinación artificial desaprovecha los felices efectos de la división del trabajo, natural y sucesivamente realizada por el comercio y la industria; y pone en directo contacto al productor con el consumidor, ó al consumidor con el productor, omitiendo así clases intermedias, que no solo tienen ya adquirido, sino aun heredado cierto género de capacidad especial para dirigir empresas de producción ó de consumo, que es lo que tales sociedades son en sustancia. No digo yo que ellas sean inútiles con todo eso, porque no ignoro ciertamente los grandes provechos por algunas acumulados, y aunque suele ser esto debido á circunstancias que no pueden concurrir en todos los casos, lo cierto es, que pocas ó muchas, las sociedades de tal naturaleza que prosperen, han de prestar siempre algún servicio, muy diferente, por cierto, del que por lo común se imagina. Los mas honrados y mas hábiles de los trabajadores, que serán los que logren entenderse y marchar juntos, y administrar bien el capital que lentamente vayan formando, sin necesitar de intermediarios comerciales ni industriales, constituirán nuevas personas jurídicas, responsables, propietarias, naturales aliadas, por lo mismo, de la propiedad particular, asociada ó aislada que ya existe. Pero no hay que dudarlos, señores: despues de apartados así del interés general de los trabajadores, los mejores de entre ellos, todavía quedará por debajo el mayor número, que á manera de la vil plebe de los pueblos antiguos, se compondrá de esclavos de su incapacidad natural ó de su invencible ignorancia, tanto como de sus propios vicios y de su pereza; turba inculta que sería injusto decir que deba solamente á sí misma su inferioridad y su miseria, y siempre sobrada en número para continuar amenazando con pretextos plausibles el orden social.

Menos que en las sociedades cooperativas confío yo todavía en el *Patronazgo voluntario* propuesto como antídoto del pauperismo por el francés Le Play (1), con ser este autor juiciosísimo. Semejante patronazgo es un verdadero sueño para estos días revueltos; dado que supone moralidad extrema en las clases directoras y dirigidas, y una limitación continua del egoísmo por el sentimiento del deber. De advertir es, no obstante, por descargo de este escritor, en lo paciente alemán, inglés en lo práctico, y libre de los ordinarios defectos de sus compatriotas, que él tiene la restauración de las creencias por cimiento indispensable de toda reforma social, afirmando altamente, despues de haber visitado no escasa parte del mundo culto y dedicar largos años de estudio asiduo á las cuestiones sociales, que el bienestar y el progreso está donde quiera en proporción exactísima con el sentimiento religioso, para lo cual le sirven de ejemplos Inglaterra, los Estados Unidos y la Rusia misma (2). Prosiguiendo Le Play sus estudios, y entrando ya á analizar concretamente el industrialismo moderno, ha pensado hallar mas tarde la anhelada armonía del capital y el trabajo en la realización de seis buenas prácticas ó condiciones, que son estas: fijeza y larga duración de los contratos entre fabricantes y obreros; acuerdo común por lo que hace al salario; mezcla ó alianza de los trabajos del taller con los domésticos, ya industriales, ya rurales; hábitos de economía; indisoluble unión de la familia en el hogar; y por último, respeto y protección á las mujeres (3): fiando la realización de todo, por supuesto, no al influjo de las buenas doctrinas económicas, sino al del Decálogo. Pero si únicamente al referido influjo de las buenas doctrinas económicas, fíase la realización de tales

(1) Le Play. — *La Réforme sociale en France, etc.* Tomo II, página 412. — Paris, 1867.

(2) Le Play. — *La Réforme sociale en France, etc.* Tomo I, página 115. — Paris, 1867.

(3) Le Play. — *L'organisation du travail, selon la coutume des ateliers et la loi du Decalogue.* Tours, 1870.

(4) Véase el importante aunque breve libro del obispo de Maguncia Ketteler, traducido al francés con este título: *L'Allemagne après la guerre de 1866.* — Paris, 1867.

(1) *Considerazioni economiche sui problemi sociali messi in campo nella rivoluzione del '48.* — Cuneo, 1855.

(2) Véase sobre la ley de pobres y sus reformas y efectos de la sexta lección de la obra de Miguel Chevalier, intitulada: *Cours d'Economie politique.*

(3) Tissot. — *Principes du Droit Public.* — Première partie. — Paris, 1872, libro II. — *Des gouvernements et des gouvernés.*

condiciones ¿no sería otro sueño como el del *patronazgo* esperarla? ¿Ni qué eficacia por sí solas tendrían, aunque se cumpliesen en tal ó cual caso aislado, todas seis condiciones antedichas para resolver en su universalidad las cuestiones pavorosas de que se trata?

Otro tanto me resta decir de los demás proyectos de reforma, dados modernamente á luz por los escritores especiales de estas materias. No ha dejado de infundir esperanzas alegres, la sociedad en participación, por el conde de Paris encomendada en su curioso estudio de las clases trabajadoras de Inglaterra (1); pero, sobre no carecer de inconvenientes prácticos, según ha hecho ver M. Leroy Baulieu recientemente (2) tanto esta supuesta participación de los trabajadores en la utilidad líquida, como el sistema de primas, que M. Leroy prefiere, ante todo exigen la desaparición del antagonismo actual, que es precisamente lo que se trata de demostrar, como dicen los geómetras. No es propio de la economía política, ni de ninguna ciencia que se contente con las cosas del mundo, el pretender que la ciega lucha, no ya solo por la vida, sino mas aun por los placeres á que asistimos hoy, espontáneamente se convierta en esa fraternidad utópica, que ni el mas vivo sentimiento religioso basta á producir, cuanto mas el progreso universal de las luces, que, lo que por el mundo propagando va, no es sino el culto de la humanidad abstracta, ó de la materia, y la destrucción consiguiente de todo lo espiritual y lo moral.

Mas poderosos que los publicistas y economistas los gobiernos, algo hacen y piensan hacer actualmente en favor de las clases menesterosas; pero no lo que necesitan ellas cuando prescinden de Dios para vivir quietas. Los consejos por lo menos no les faltan á los gobiernos en esta materia. Limitanse modestamente algunos á proponerles la institución de juntas permanentes que quieran el estado y las necesidades de las clases trabajadoras, así como los adelantos industriales y los procedimientos económicos, capaces de mejorar su suerte; dando publicidad á todo ello para que todo se vaya aprovechando oportunamente. Otros quieren que los gobiernos mismos protejan la organización de los trabajadores, en nuevos gremios, para hacerles á un tiempo disciplinados é independientes. Otros recomiendan la creación de jurados mas altos, de mas extensas atribuciones, que los destinados á dirimir las cuestiones prácticas y concretas que frecuentemente sobrevienen entre las clases de fabricantes y trabajadores; jurados constituidos con los ricos, y los sabios, y los expertos en todo género de negocios para dirigir la acción general del trabajo, haciéndose voluntaria y gratuitamente, preceptores y consejeros de las clases infortunadas é ignorantes. Alguno de los nue-

vos arbitristas, como M. Tissot, propone en fin, todo un sistema de relaciones del gobierno con el proletariado, reducido, en suma, á estos términos: facilitar las asociaciones de socorros mútuos entre los trabajadores; buscar á sus economías colocaciones ventajosas; poner á su alcance el crédito con mejores condiciones que los Montes de Piedad, ya anticuados; establecer oficinas que faciliten el empleo de todo trabajador, mientras no falte trabajo; acortar legislativamente las horas de fatiga, difundir la enseñanza de la economía política y de la moral independiente (1). Eso y mas, mucho mas debe intentarse en favor de las cla-

La Natividad.

Triste, errante y miserable era la vida de los pueblos antiguos antes de la aparición de Jesús.

Roma, la corte corrompida de los Césares, se entregaba al mas escandaloso libertinaje; sus patricios y sus plebeyos enervaban sus fuerzas en el ocio y en los placeres; la mujer, esclava de los antojos de su dueño, era un objeto de adorno y de recreo para aquellas gentes, y en tanto la ignorancia iba borrando por completo los primeros gérmenes de ilustración que hubieran sembrado tiempos atrás los sabios de la Grecia.

También la culta Atenas echa de menos sus primitivos tiempos; y es que la idea de la justicia no existe para aquellos pueblos; es que los principios del paganismo han ahogado todo sentimiento de moralidad, y los hombres, queriendo imitar la torpe conducta de sus dioses, dejan de ser humanos para convertirse en fieras.

¡Qué extraño es que pueblos así educados vean con regocijo los espectáculos de sangre, y aplaudan en el circo á los gladiadores que con mas desenfado desafían á la muerte!

Aquellas sociedades corrompidas empezaban á desquiciarse, todo amenazaba ruinas y destrucción; destrucción y ruinas de que salva por fin al mundo antiguo la luz de la verdad que del Oriente mana pura y radiante como la luz del medio día.

Belen es el pasmo de las gentes; allí ha nacido un niño que es el anunciado Mesias, el Hijo de Dios, que según todas las profecías, ha de redimir y salvar al género humano.

Poco tiempo después, el niño se hace hombre; sus virtudes ejemplares causan admiración; sus milagros sorprenden á todos, y sus predicaciones, corriendo de boca en boca, llegan á arraigarse en el corazón de las gentes sencillas, que á todas partes le acompañan y do quiera le siguen, ponderando su sabiduría y sus bondades.

A los oídos de los Césares y de cuantos el dominio de la tiranía representan, llegan también aquellas predicaciones, y ante ellas tiemblan, porque su conciencia les acusa y les anuncia el fin de su imperio.

Entonces empieza á conocer el hombre que es libre, y la ley de la libertad que Jesús predica le enseña á amar á sus semejantes, á fraternizar con todos ellos y á detestar la guerra,

olvidando su mismo origen y desconociendo la idea de la humanidad.

El principio de la igualdad es otra de las doctrinas de Jesús, principio que echa por tierra aquellas odiosas leyes de casta que por tanto tiempo dividieron á los miembros de una misma familia; y, en fin, la sociedad, que se creía huérfana y desamparada, oye de labios del Mesias que existe un Dios, único autor de las maravillas y de las grandezas de la creación.

Por todas partes cunde la buena nueva; del Oriente pasa al Occidente; la doctrina de Jesús, que es la de



LA NATIVIDAD,

Fresco de Luini, perteneciente al Museo del Louvre.

ses menesterosas sin duda; pero, después de hecho, ni el espíritu de los trabajadores, ni el malestar social habrán de mejorar sensiblemente. Si encerrase tales promesas la última palabra de la clase media, que todavía suele constituir hoy los gobiernos, no tendría el proletariado incrédulo que taparse las orejas con cera, para esquivar sus seducciones.

(Se continuará).

(1) M. le Comte de Paris. — *Les associations ouvrières en Angleterre*. — Paris, 1869.

(2) *La question ouvrière au XIX^e siècle*. — Página 227. — Paris, 1872.

(1) Tissot. — Obra citada. — Lib. II y V. — *Ce que l'Etat peut faire encore dans l'intérêt des prolétaires*.

LA LEÑA Y EL FUEGO.



En la aldea.



En la ciudad.



En la oficina.



En la sala.

la civilización, traspone valles y collados, mares y montañas, con la velocidad del rayo, y los tiranos tiemblan en sus tronos, formados de millares de huesos calcinados, y los déspotas de la tierra declaran guerra á muerte á los creyentes, y el fanatismo de los paganos inventa nuevos instrumentos para vengar el golpe que han recibido.

Todo en vano: Jesucristo, es verdad, muere crucificado; pero su muerte da nueva vida á los que en sus palabras fían y en sus predicaciones esperan. Su sangre es la sangre que redime á los pueblos esclavos, y al conmoverse el universo con el último suspiro del Crucificado, comprenden sus verdugos que la doctrina por él sembrada es imperecedera.

Y, en efecto, los ídolos paganos ruedan por la arena; levántanse grandes templos donde ayer se admiraban los circos olímpicos; á la voluptuosidad antigua sucede una austeridad completa en las costumbres; el esclavo rompe sus cadenas; la mujer se iguala en condición y derechos al hombre; los pueblos saben que son libres y por sí propios se gobiernan; el mundo, en fin, se regenera y saluda la nueva era que, tomando por símbolo la cruz, proclama muy alto los principios de libertad, moralidad y justicia, á cuya sombra camina el mundo por la senda del progreso y de la civilización.

X.

Revista de París.

El año 1872 concluye fatalmente: las inundaciones van tomando en muchos puntos de Francia el carácter de una calamidad pública. Estamos ya en la época de los grandes frios; el año último por este mismo tiempo habíamos ya tenido en París hasta 22 grados bajo cero, el 9 de diciembre, y en la actualidad, lejos de modificarse la temperatura, sigue como estancada en esos grados templados que son indicios seguros de lluvias incesantes en estos meses; y con efecto, el agua no cesa. El Sena ha tomado un ensanche y una corriente que hace muchos años no se habían visto, y en las cercanías de París, donde el río no tiene los diques que le contienen dentro de la población, hay lugares completamente sumergidos.

Los parisienses acuden en masa á contemplar el espectáculo de las inundaciones del Sena y el Marne que representan varios de los dibujos que damos en este número. El domingo último principalmente, los ferro-carriles que conducen á esos sitios en los puntos opuestos de París, hicieron trasportes fabulosos; parecía que se trataba de asistir á alguna gran fiesta. Y sin embargo, llegados los espectadores á los llanos cambiados en lagunas, á los pueblos con agua en las calles, debieron comprender que no siempre es excusable una curiosidad indiferente. Todavía no se puede calcular lo que será el desastre, pues, como hemos dicho, la lluvia no cesa un solo día; pero ya se ve que los males son grandes, aun cuando cesaran seguidamente las inundaciones. La tierra, aun en las partes no inundadas, está empapada de agua hasta el punto, que en muchos sitios los árboles han perdido toda solidez en sus raíces y á un soplo de viento, caen por hileras como apenas se ve en los más terribles huracanes.

Tal es la situación en que nos deja el año que concluye; como si necesitáramos esta nueva desgracia en medio de las preocupaciones que agitan á este país y que le quitan el sosiego que tanto anhela.

Es verdad que París es siempre París, esto es, encuentra materia en todo para ocupar sus ocios. Al ver la gente que acude un día á darse cuenta del cuadro de las inundaciones, y se entrega al siguiente al regocijo de los bailes de máscaras, ó espera en los bulevares y en la estación del ferro-carril del Oeste las noticias de Versalles cuando hay sesión que ofrece grande impaciencia, se diría que es esta una población de desocupados. Nada sería más inexacto que juzgar así: el parisiense encuentra modo de llevar de frente sus ocupaciones profesionales y su afición á observar lo que pasa y á presentarse en todo lo que es fiesta pública, sobre todo cuando ofrece algún ali-ciente extraordinario.

La noche del sábado último hacíamos esta reflexión en el boulevard de los Italianos, al observar el gentío que, no obstante la lluvia, se disputaba los periódicos que por horas traían el extracto de la sesión diurna y nocturna que se celebraba en Versalles, mientras se abrían las puertas del Gran Teatro de la Opera, donde debía tener efecto el primer baile de máscaras de la temporada.

Curioso por demás era este doble espectáculo.

Aquí los aficionados á la política comentaban los discursos de Gambetta, de Audiffret-Pasquier y de Luis Blanc, el primero y el último en favor de la disolución de la Asamblea, y el segundo en contra; allí los grupos de enmascarados comenzaban la algazara que después de haberse dado rienda suelta en el teatro hasta el amanecer,

se concluye á las primeras horas de la mañana siguiente en los restaurants y los cafés de todo el contorno que esperan toda la noche la invasión de las parejas de bailarines.

Sería imposible dar idea de aquel movimiento verdaderamente inusitado. A punto que se trataba en Versalles la gravísima cuestión que acabamos de indicar y que se resolvió como querían el gobierno y los conservadores, esto es, contra la disolución por una mayoría de cerca de 500 votos, había en París miles de personas que se cruzaban en todos sentidos para celebrar la inauguración de los bailes de máscaras, pues además del de la Grande Opera se daba la misma fiesta en el Chatelet, en Vaux-Hall y en Valentino, y en todos ellos la concurrencia fué numerosísima.

Tanto lo ha sido, que en la Opera degeneró en una confusión indescriptible.

Un detalle.

A beneficio de este tumulto, las partidas de rateros hicieron una cosecha de relojes y de bolsillos verdaderamente fabulosa, á juzgar por el número de quejas que recibió el comisario de policía que estaba de servicio, número que asciende á cerca de 200.

Aviso á los que frecuentan tales lugares.

Sin embargo, justo es decir á propósito de este furor por las diversiones, que no todas las clases de la sociedad de París, se entregan á ellas este invierno como era costumbre antes de la guerra.

Los salones siguen herméticamente cerrados y no se habla por cierto de grandes reuniones. Hoy por hoy todo se reduce á comidas de ceremonia y algun concierto; pero nada de bailes pomposos como años pasados.

En cambio los teatros están muy concurridos, y eso que, á la verdad, en ninguno de ellos hay en el día nada grandemente notable.

El Gimnasio prepara una obra de Alejandro Dumas, titulada: la *Mujer de Claudio*, que antes de representarse excita ya un interés general, no solo en Francia, sino en el extranjero. Los empresarios de los distintos países con los que tiene Francia tratados internacionales de propiedad literaria y artística, se apresuran á pedir al autor la competente autorización para traducir la pieza famosa ya, siquiera sea porque, según se dice, será la última que Alejandro Dumas dará al teatro.

Estas demandas han proporcionado ocasión al autor de la *Mujer de Claudio*, para escribir cuatro líneas al agente teatral de Berlín M. Steinitz, que merecen ser notadas.

M. Steinitz ofrecía 8,000 fr. por el derecho de representación en la corte del emperador Guillermo.

Ahora bien, Dumas responde que no es bastante, que además de los 8,000 fr. quiere, para entrar en tratos con la Prusia, que le den la Alsacia.

Mientras se ensaya la *Mujer de Claudio*, la empresa del Gimnasio ha tenido la idea de poner en escena una obra ya antigua del mismo autor, la conocida *Dama de las Camelias*, que hacia largos años tenían olvidada los parisienses.

¡Pensamiento excelente! París ha tomado como una novedad la patética historia de María Duplessis dispuesta para el teatro y hé aquí que el Gimnasio ofrece en la actualidad la función en boga.

Mucho se ha escrito en París sobre esta heroína teatral que Alejandro Dumas ha elevado á la categoría de una figura típica. Su novela y su drama han dado la vuelta al mundo, y para que la fama sea mayor y más completa, Verdi ha encontrado en este mismo asunto una de sus inspiraciones más aplaudidas, la *Traviata*.

Excusamos decir que con la repetición del drama en el Gimnasio, la crítica parisiense nos ha referido de nuevo las aventuras más ó menos poéticas y sobre todo más ó menos morales de la protagonista, sin que haya lugar á lamentarse de ello, pues esta actualidad nos ha valido una de esas obras maestras que bajo el pretexto de crónica teatral escribe M. Jules Janin hace ya largos años.

Un escritor de su claro entendimiento, de su originalidad y de su gracia, sabe siempre evitar los caminos trillados; y, con efecto, los detalles conocidos están ausentes en el artículo de Janin, y en cambio se extienden en él largamente las impresiones puramente personales.

M. Jules Janin vió por primera vez á María Duplessis en el salón de descanso de un teatro de ínfimo orden, cuando ya habia alcanzado en París esa celebridad que la hacia notable en todas partes. La infeliz lavandera que apenas conseguía ganarse el sustento con su trabajo, llevaba ya á profusión en sus vestidos los encajes de Malinas de á mil francos el metro.

El lugar del encuentro era bien impropio para tal lujo. «Había allí, dice Jules Janin, mas blusas que casacas; se hablaba de todo, del arte dramático y de patatas fritas; de las comedias y de las galletas del Gimnasio; y sin embargo, se habria dicho, que cuando aquella mujer apareció en aquella extraña sala, iluminaba todas aquellas cosas sucias, burlescas ó feroces con una mirada de sus bellos ojos; tocaba con la punta del pié aquel suelo enlodado, como si hubiese atravesado el boulevard en un día de lluvia; levantaba su vestido por instinto para no rozarse

con aquel fango seco, y sin pensar en enseñarnos ¿para qué? su pié calzado elegantemente. Todo el conjunto de su prendido se hallaba en armonía con aquel cuerpo flexible y juvenil; aquel semblante ovalado y un tanto pálido correspondía á la gracia que esparcía en su derredor como un indecible perfume.»

Jules Janin se hallaba con Listz entre aquella turba que asistía á la primera representación de un melodrama, y María Duplessis atravesando por entre la gente, se fué en derechura á sentar al lado del gran pianista.

Este no la conocía ni de vista, pero ella le conocía á él, y le dirigió la palabra, para decirle que le habia oído y que le habia maravillado.

Así se entabló una conversacion que duró largo rato.

«Listz, muy sorprendido, dice Jules Janin, de hallar tal prodigio en un lugar semejante, se abandonó á aquel coloquio galante y artístico. Listz es no solo un grande artista, sino un hombre elocuente; sabe hablar con las mujeres, pasando como ellas de una idea á otra y eligiendo siempre las más contrarias. Entusiasta por la paradoja, sabe no obstante ser serio, y yo no podria decir con cuánto arte y con qué tacto recorrió con aquella mujer cuyo nombre ignoraba, todas las vulgaridades elegantes de la conversacion de cada día.»

La segunda vez que Jules Janin vió á María Duplessis, fué en una representación extraordinaria en el teatro de la Grande Opera.

María estaba rodeada de todos los esplendores de una mujer á la moda, radiante de flores, de brillantes y esmeraldas. Tenía en la mano un ramillete: ¿eran las camelias legendarias? Jules Janin no sabria decirlo; porque «es preciso tener los ojos de un jóven y la imaginación de un niño para distinguir bien el color de la flor sobre la cual se inclina un bello rostro.» Acompañábala un jóven, que parecia uno de esos hijos de familia que vienen á París á derrochar en algunos meses la fortuna que sus padres han reunido con mucho trabajo en muchos años.

Sin embargo, María Duplessis no hacia ningun caso de su acompañante, ni de la Opera, ni de los espectadores. Nunca como entonces, en medio de aquella brillante reunión donde todo el mundo la admiraba, donde sin duda alguna era objeto de envidia para tantas mujeres, nunca como entonces, decimos, se pudo conocer el mal invisible que roía aquella existencia tan feliz aparentemente y en el fondo tan desgraciada.

María Duplessis se aburría profundamente y este aburrimiento, añade Jules Janin, debe servirla de perdon y excusa «puesto que ha sido el castigo de sus pasajeras prosperidades.» En medio de la representación abandona el palco cuyo precio «representaba el pan de una familia durante medio año,» y deja el teatro como poseida de un vértigo.

Eran ya como los indicios de su fin próximo.

Poco tiempo después María Duplessis estaba en Spa, en ese lugar á la moda tan pintoresco con sus montañas cubiertas de verdura, tan agradable con sus diversiones veraniegas, donde la sociedad elegante de todos los países descansa de las diversiones del invierno.

Ya estaba enferma, muy enferma, y los médicos tuvieron consulta y la ordenaron reposo y silencio.

¡Ah! Eran los sueños de su vida.

María Duplessis se sonrió con honda amargura.

Sin embargo, prometió obedecer; pero su resolución duró pocos días. Muy luego apareció de nuevo en los paseos y en las fiestas.

Fué la última vez que la vió Jules Janin; y después de consignar con todas las gracias de su inimitable estilo este postrer recuerdo, nos cuenta su muerte.

¡Triste, horrible muerte!

Era en París en su magnífica habitación del boulevard frente á la Magdalena.

Sus amigos, que habian sido rivales, enemigos quizá, «se pusieron de acuerdo para velar á la cabecera de la enferma, para expiar las noches locas con las noches serenas, cuando se acerca la muerte y el velo se desgarran y la víctima y su cómplice comprenden por fin la verdad de esta palabra: ¡Ay de los que rien! Esto es, ¡ay, de las alegrías profanas, ay, de los amores vagabundos, ay, de las pasiones volubles, ay, de la juventud que se extravía por los malos senderos! ¡Se llega á ciertos recodos y es preciso volver para no caer en el abismo!»

La muerte de María Duplessis fué un acontecimiento en París; y esto explica la boga de la novela y del drama de Dumas. Pero ¿qué decimos? Aun en el día en este París donde todo se gasta y se olvida, rara vez el visitante que recorre las avenidas del cementerio y acierta á descubrir la tumba de María Duplessis, deja de hallar sobre la fria losa algunos ramos de esas blancas flores que han venido á simbolizar el nombre de la infortunada pecadora, cuya historia encierra una gran lección y un gran escarmiento.

MARIANO URRABIETA.

Poesías.

Á ORILLAS DEL CAUCA.

Raudo torrente de revueltas aguas,
Hijo de los nevados, rey viajero
Que en tu carro de espumas vas ligero
Fecundando del Cauca la region.

¡Salve! en tus ondas bañaré mi lira
Para que imite tu clamor sonoro,
Cuando en la noche, en majestuoso coro
Pareces murmurar grave oracion.

¡Bello eres, rio! Ligera tu corriente
Refleja el monte, el sol, los cielos altos,
Y semejan tus olas en sus saltos
Monstruos que corren al profundo mar;
Y en el furor de tus crecientes súbitas,
Como la frágil y escondida caña,
El recio guayacan de la montaña
Se ve entre tus espumas arrastrar.

¡Salve, Señor, de mis augustos montes!
Contigo viaja el aura murmurante,
Y desciende el relámpago brillante
En tus remansos á apagar su luz;
Tú pregonas de Dios las maravillas,
Tu sola vista mi existencia expande;
¡Cuanto en sí siente de sublime y grande
Mi corazón, se lo enseñaste tú!

Peces no habitan en tus ágras ondas,
Ni anida elruiseñor en tu ribera;
La inquieta ardilla, la serpiente artera
Solo pueblan tu bosque secular;
Y cuentan los viajeros que en tus vados
Para tenerte á su favor propicio,
Año por año, humano sacrificio
Deben á tus corrientes ofrendar.

¡Mas te amo, Cauca! tus heladas linfas
Entumecieron, infantil, mi pecho;
En las arenas de tu agreste lecho
Mi solitaria planta se estampó;
¡Y á la luz de crepúsculos y estrellas
Yo he respirado tu glacial ambiente,
Y con tu grave murmurar, riente
El grito de mis juegos se juntó!

Después, de mis cantares la primicia
Yo te ofrecí: tu sombra fué mi sombra,
Y fué tu grama la silvestre alfombra
Do el trovador cansado reposó;
¡Y mis llantos de niño enamorado,
Que hoy mi memoria en enjugar se empeña,
Yo ví correr por la tajada peña
Que tu cauce profundo amuralló!

Eso era ayer. Hoy todo lo he perdido;
En vez de mis risueñas ilusiones
Sus narcóticas flores las pasiones
Me dieron, y su aroma me embriagó;
Y en el rico jardín de mi inocencia
Quedaron solo mutiladas rosas,
Abrojos solo, espinas venenosas
Que la hiedra del tiempo cobijó.

¡Mas te amo, Cauca! quiero que los mayos
Que bordan tus orillas solitarias,
Sean tambien las flores funerarias
Que crezcan de mi tumba en derredor.
¡Ay! ¡y quisiera que mi patria, juntos
Conservara tu nombre con el mio;
Que no dejara en el olvido impio
Perderse, desdeñosa, á tu cantor!

¡Tú eres mi amigo! tus heladas linfas
Entumecieron, infantil, mi pecho;
En las arenas de tu agreste lecho
Mi solitaria planta se estampó;

Y á tí se ligan los recuerdos gratos
De mis horas de paz y de ilusiones,
Mis horas ¡ay! que huyeron cual visiones,
¡Cual visiones de un sueño que pasó!

¡Tiempo feliz do en cáliz de esperanza
Rueda de amor la lágrima primera!
¡Tiempo feliz, bendita primavera
Que ve nacer las rosas de la fe!
¡Oh! ¡qué triste es llorar bajo la sombra
Del árbol de la dicha marchitado,
Y vivir del recuerdo de un pasado
Que huyó, que huyó para jamás volver!

Raudo torrente de revueltas aguas,
Hijo de los nevados, rey viajero,
Ayer te dí mi cántico primero,
Hoy vengo á darte mi postrer adiós.
¡Adiós, adiós por siempre! de mi lira
Ya humedecen mis lágrimas los hilos;
¡El sol ya se escondió... ya sus asilos
Buscan las aves que espantó mi voz!

C. ALBAN (DE COLOMBIA).

Popayan, 1868.

ROMANCES AMERICANOS.

DEVOCION DE UN SOLDADO (1).

Cuando el famoso caudillo
Que á Méjico impuso leyes,
Dominando la cerviz
De cien pueblos diferentes,

Cruzaba de Zempoala
La tierra inculca y ardiente,
En una humilde capilla
Dejó una imagen celeste;

La imagen de aquella Virgen
Inmaculada que tiene
El dulce nombre de madre
Dispensadora de bienes.

Sola la Virgen quedaba
Sin flores, culto, ni preces...
Sola entre pueblos salvajes,
Idólatras y rebeldes...

« ¡Cómo la madre de Dios
Que en los cielos resplandece
Tan solitaria y tan triste
En una tierra inclemente! »

« ¡Oh, no es posible dejarla,
Que el corazón se conduce...
Abandonarla y partir
Fuera ingratitud leve! »

« Para cuidar á esa Virgen
Que nuestras armas protege,
¿En su dulce compañía
No hay ninguno que se quede? »

Así exclamaba un soldado
En los momentos solemnes
En que en el altar colgaban
A aquella imagen celeste.

De fuego su corazón,
Aunque su frente de nieve,
Era, ante todo cristiano,
Y, sobre todo, creyente.

« Pues yo, prosiguió el anciano,
Juro á Dios que bien merece
La espada de un caballero
Que por honrado se tiene,

» ¡Servir á dama tan bella
Y de tan alta progenie,
Y guardar su nombre claro
De palabras descorteses!

(1) El nombre del soldado que sirve de argumento á este romance era Juan de Torres.

» ¡Yo le haré guardia en sus puertas,
Le extenderé sus doseles
Y su capilla y su imagen
Defenderé hasta la muerte!»

Dijo, y corrió la visera
De su poderoso almete
Para ocultar una lágrima
De despedida á su gente;

Y al pié de la casta imagen
De la Virgen de Mercedes
Se arrodilló murmurando
Una oracion reverente.

Mas tarde, cuando cargados
De botín y de laureles
Volvieron los españoles,
En el mismo humilde albergue

Hallaron la misma imagen;
Y entre sus brazos alegres
Al piadoso centinela
Cinieron cien y cien veces.

¡Bien haya el alma cristiana
Que al cielo los ojos vuelve!
¡Bendiga el cielo á un soldado
Tan religioso y valiente!

C. WALKER MARTINEZ.

Un acontecimiento arqueológico.

Damos aquí los dibujos de los grandes bajo-relieves descubiertos últimamente en el Foro, y que copiamos de las fotografías enviadas á Paris por la superintendencia de las excavaciones en Roma.

Estos bajo-relieves constituyen uno de los mas notables hallazgos arqueológicos que se han hecho en estos últimos tiempos. Sin entrar de lleno en los debates á que dará margen su interpretacion, hé aquí lo que, á nuestro juicio, ofrece desde luego un interés general.

Se han descubierto en la parte de las excavaciones que dirige el senador Pietro Rosa en el Foro romano. Estaban en los cimientos de una torre erigida en la edad media al pié del Capitolio, cerca del monumento conocido con el nombre de *Columna de Focas*.

Todo indica á creer que estos bajo-relieves vienen á encontrarse en su posición primitiva. Adornan las dos casas de una alta balaustrada de mármol, y esta balaustrada, en forma de media luna, reservaba sin duda un espacio libre al pié de las rostras para permitir el acceso á los oradores.

Segun la interpretacion general, representan como los fastos de la tribuna romana, con una vista del contorno del Foro.

El descubrimiento parece importante en primer lugar bajo el concepto de la topografía del Foro. Al extremo de los dos bajo-relieves interior y exterior se ve un árbol. Por un lado la *higuera ruminal*, al pié del monte Palatino, y por otro el *loto* al pié del capitolio. Este árbol, segun el testimonio de Plinio, extendía las raíces hasta el *Foro de César*. Debajo del *loto* se distingue perfectamente la famosa estatua de Mosyas, que efectivamente, adornaba aquella parte del Foro.

La tribuna y las rostras están bien indicadas. Detrás del orador se eleva un arco de triunfo de un solo arco, seguramente el arco de Tiberio, cuyas bases subsisten aun á cierta distancia en las subtracciones de la cuesta moderna que conduce al Capitolio.

Mas á la derecha aparece indicada una basilica. ¿Es la basilica Emilia vista en último término? A la derecha tambien y hácia la mitad de la composicion hay un templo. A primera vista el fronton y los capiteles cónicos de las columnas, recuerdan el templo de Saturno que se ve aun en una posición correspondiente. Pero en el bajo-relieve el templo es *pentistilo* (de cinco columnas), en tanto que el templo de Saturno tiene seis. ¿Debemos admitir que en este accesorio el artista haya descuidado el número de columnas?

Ahora bien, ¿qué representan los bajo-relieves?

En la cara interior de la balaustrada se reconoce sin esfuerzo una *svetaurilia* ó triple sacrificio. La marrana, la oveja y el toro están colocados como siempre en el órden litúrgico. Por este órden llegaban al sacrificio.

En el exterior aparece un orador en la tribuna y detrás de él hay dos ó tres hombres con las manos atadas á la espalda. En término inferior está el pueblo romano en una actitud de atencion muy marcada.

Un episodio sobre cuyo sentido hay desacuerdo comienza la serie de los asuntos representados en la balaustrada. Once ó doce hombres en actitudes diferentes llevan tablillas. ¿Es una alusion á la ley de las doce tablas? Se ignora.

La aglomeracion de esas tablas al pié de la tribuna sugiere otra interpretacion, la de los sufragios electorales que llevaban solemnemente del campo de Marte al Foro.

Segun otros arqueólogos no se representa otra cosa que operaciones del censo, con el sacrificio que las precedía y las seguía y las formalidades que acompañaban. Esta explicación parece verosímil aun cuando no explique todos los detalles de los bajo-relieves.

Por nuestra parte creemos que todo se aclararía si se comparasen los bajo-relieves del Foro con los del pedestal de la columna conmemorativa que se encuentra actualmente en la entrada del Palatino.

Los bajo-relieves de este pedestal no dejan de tener su analogía con los de las rostras. Con efecto, en una cara se ve un acontecimiento y en otra un triple sacrificio.

Este pedestal fué hallado por Carlo Fea en 1817, cerca también de la columna de Focas, cuya inscripción se descubrió entonces. El monumento se refería á las fiestas decenales que se celebraban en honor de los Césares Lenio Decio y Constantino. Está ilustrado y dibujado por Corina. Las esculturas son muy inferiores en estilo á las de las rostras. La inscripción del pedestal dice así :

Dicorum Caesarum decennialia feliciter.

Sea lo que quiera de las interpretaciones, todo el mundo admite que nos hallamos en presencia de un importante descubrimiento arqueológico. Bajo el concepto del arte, estos bajo-relieves no pueden ser posteriores á la época de Adriano. Es la última expansión del arte antiguo, que á dos pasos de ahí podemos ver cómo espira miserablemente en los frisos del arco de Constantino. Aquí las figuras son elegantes en postura y ropaje, y las pocas cabezas que subsisten ofrecen con toda precisión el tipo romano.

Parecen esos grupos de jóvenes que se forman los domingos en las calles adyacentes al Corso, para ver desfilar el paseo que sigue en invierno durante una hora á la misa de doce. X.

La Armenia y la Persia.

(APUNTES DE VIAJES).

LA ARMENIA.

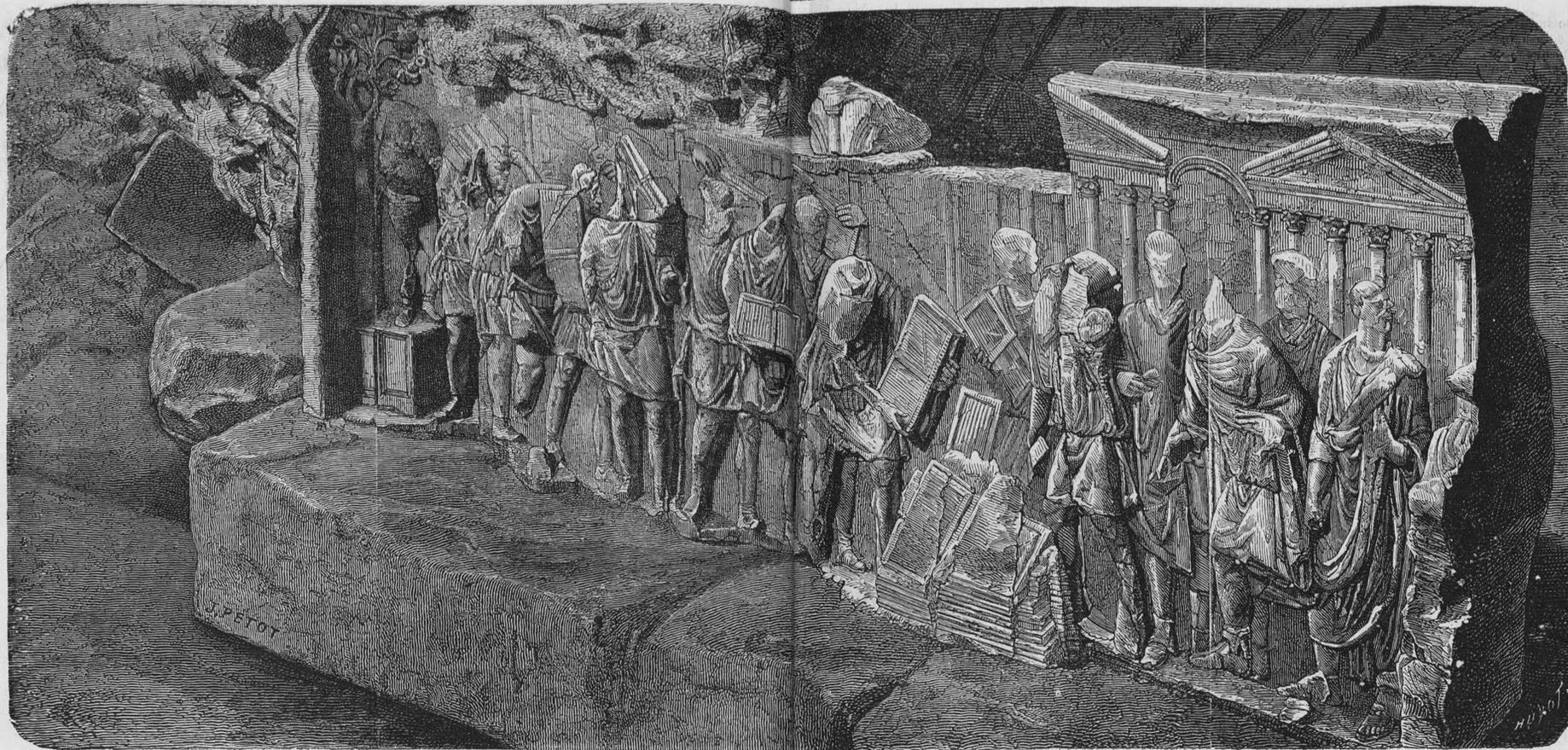
I.

Habíamos dicho adiós á Stambul, y el último promontorio del Bósforo nos ocultaba ya las puntas mas elevadas de los minaretes de la ciudad de los sultanes. Nuestro buque se dirigía á Trebisonda; y una vez desembarcados en el territorio de la antigua Armenia, debíamos atravesar algunas de las provincias menos conocidas del imperio otomano para entrar en la Persia. Fácilmente se comprende cuál habrá sido nuestra alegría cuando, despues de una penosa navegación, pudimos en fin tocar á tierra. Sin embargo, fácil era el prever que á las tempestades del Mar Negro íbamos á tener que pasar por peligros y fatigas no menos temibles en las soledades heladas que se extienden entre el pachalik de Trebisonda y la frontera de Persia.

Cuando desembarcamos en Trebisonda, en los primeros días del mes de diciembre, el cielo estaba negro y cargado de nieve; pero los preparativos del largo viaje que íbamos á emprender no tardaron en estar prestos, no obstante el rigor de la estación. El 13 de diciembre se hallaban ya reunidas doscientas mulas ó caballos, los unos para llevar bagajes y los otros para jinetes, esperando tan solo la orden de marcha para ponerse en camino. En fin, se dió la orden y salimos de Trebisonda, despues de haber hecho una colecta en favor de los pobres católicos para que implorasen la protección de la Providencia.

Apenas habíamos salido de la ciudad, cuando principiaron nuestras fatigas, pues teníamos que preparar una senda estrecha y mala, en la que caían los pobres animales, menos hechos á llevar hombres que bagajes. Durante esta penosa marcha tuvimos el tiempo suficiente de mirar el Mar Negro que se extendía á nuestros pies, ese mar que tanto nos había hecho sufrir, y del que no podíamos separarnos sin cierto disgusto. Los mástiles ennegrecidos del *Veloce* se percibían á lo lejos en medio de la niebla; y ese punto de vista era para nosotros como un rincón de la Francia que veíamos por última vez.

Mas allá de esa áspera senda desembocamos en un país abierto poblado de arbustos. Ese primer día de viaje hubiera sido bastante agradable sin la lluvia fina y continua que caía. El paisaje era pintoresco, pues delante de nosotros iba serpenteando un camino estrecho por la falda de una montaña poblada de árboles que conservaban sus hojas. A la derecha y en el fondo de la barranca corría un riachuelo, cuyas aguas se estrellaban contra los peñascos, mezclando su murmurio al ruido que hacían las caballerías. Nuestro horizonte se hallaba cortado por varios peñascos muy ásperos, de un aspecto severo, y coronados de abetos, y la temperatura afortunadamente no era muy cruda



UNA ELECCION EN ROMA. — Copia de un bajo-relieve angio descubierto ultimamente en las excavaciones del Palatino.

aun; pero debía bajar á medida que nos acercábamos de las montañas cubiertas de nieve adonde se dirigía nuestra caravana.

Al anoecer hicimos alto en una aldea en donde nos sirvieron de alojamiento algunas cuerdas. El mal tiempo continuaba, y el frio que había aumentado nos hacia insoportable nuestro albergue; y así es que le dejamos sin disgusto al romper el día. El camino atravesaba un bosque de cedros y de abetos, cortado por numerosos torrentes, cuya helada no había aun inmortalizado las cascadas. Al fin de este segundo día salimos del bosque y llegamos á la region de las nieves,

de la que no debíamos salir durante mas de dos meses.

La naturaleza cambió al instante de aspecto, pues vimos presentarse y desarrollarse delante de nosotros llanuras inmensas, cubiertas de una espesa nieve, en las que reinaba un lóbrego silencio. El frio llegó á ser repentinamente excesivo, pues el termómetro marcaba ya 15 grados bajo cero. Nos hallábamos sobre el Zingana, uno de los montes mas elevados de la cadena que teníamos que atravesar. El viento soplaba con furia, cubriéndonos con espesos torbellinos de nieve. Ningun camino se veía trazado en aquella capa de nieve de mas de cinco á seis piés de espesor; pues los

solos vestigios que hallábamos eran los que dejaban marcados sobre la nieve los osos y los lobos. Nuestra caravana caminaba penosamente, hundiéndose á cada paso, y formando en las ondulaciones una especie de cinta negra que iba serpenteando por aquellas crestas blancas bajo los rayos del sol. A cada paso las mulas iban rodando hasta las barrancas, mientras que los pobres muleros bajaban á su turno para buscarlas, teniendo que hacer la misma faena á los veinte pasos.

De lo alto del Zingana bajamos á un país menos escabroso, pero cubierto también de mucha nieve y excesivamente frio. Así llegamos á la pequeña ciudad de

Gumuch-Khaneh, cuyo nombre significa *casa de plata*, á causa de las minas de ese metal que se encuentran en sus cercanías. Esa ciudad está arimada á una montaña, prolongándose hasta la cima de un modo pintoresco.

Yo había salido algunas horas antes con uno de los compañeros de viaje para ir á preparar los alojamientos. En efecto, luego que llegamos á Gumuch-Khaneh nos presentamos al *mutselim*, cuyo funcionario había sido instruido de la llegada por el embajador de Francia, y por consiguiente debía haber preparado lo necesario para alojarle á él y á su comitiva. Los emplea-

dos del *mutselim* no eran muy finos de modales, y por eso subimos inmediatamente á hablar nosotros con el amo.

Nos hallamos con un hombre gordo, ojos negros, redondos y estúpidos, sepultado en una especie de leviton de pieles, de donde salía apenas una cabeza con un enorme turbante que casi tan solo se adivinaba por la dirección de una inmensa pipa de la que salía una nube de espeso humo. El *mutselim* estaba dando audiencia cuando nos presentamos á preguntarle bastante descaradamente lo que había hecho para recibir al *elchi* (embajador).

El *mutselim*, descontento porque habíamos ensuciado sus tapices con nuestras botas cubiertas de nieve, ó ignorando tal vez lo que debía á viajeros provistos de firmantes imperiales, lo cierto es que nos recibió muy mal, pues advertimos que murmuraba rápidamente algunas palabras, cuyo sentido no comprendíamos, pero nos parecieron menos que beneficios. Sin embargo, nosotros reiteramos la demanda, insistiendo sobre la necesidad de que se nos facilitase en seguida una casa para el *elchi* que debía llegar muy pronto.

El *mutselim*, viéndose sin duda en descubierto, y sobre todo advirtiendo nuestro aplomo, se decidió murmurando á ofrecernos una sala en su casa; pero nosotros no la quisimos admitir, diciendo que estaba muy sucia y que era muy pequeña, y que por consiguiente necesitábamos un local mas vasto en el que cupiésemos todos. Al momento nos hicieron ver otras piezas, cuyas condiciones eran inaceptables. Era evidente que había mala voluntad, y por consiguiente hicimos observaciones severas, y nos volvimos al camino por donde habíamos venido, dando parte de lo que ocurría al embajador.

Por su parte el *caterdji-bachi*, ó conductor en jefe de las mulas, no teniendo ganas de hacer subir aquellas sendas á los animales, había persuadido al *elchi* para que se detuviese en una aldea en donde había, además de algunas chozas, tres pequeños cafés, en donde decía que estaríamos tan bien como en la ciudad. En efecto, se cedió á sus razones estableciéndonos como pudimos en donde el *caterdji* había hecho descargar sus animales.

Estoy persuadido que en permanecer allí no perdíamos mucho, porque la ciudad vecina no parecía ofrecer grandes comodidades, pero la mala voluntad tan manifiesta del *mutselim* no podía quedar así, y el embajador, por decoro del país que representaba y por el suyo propio, debía hacer ver su descontento. En efecto, el embajador hizo salir á un empleado acompañado de un dragoman, quien despues de haberla hablado con dulzura, le hizo comprender las malas consecuencias de su conducta; y aun fueron mas leños, pues no quisieron admitir la pipa y el café que les ofreció el gobernador.

Esta afrenta es una de las mas graves que se pueden hacer á un turco, y entonces lo era tanto mas cuanto que la cosa se pasaba en público. Con todo, el gobernador trataba de defenderse, pero con su apatía acostumbrada, y sin querer comprender su mal proceder para con el embajador. Algo mas tarde supimos que el *mutselim* había sido destituido.

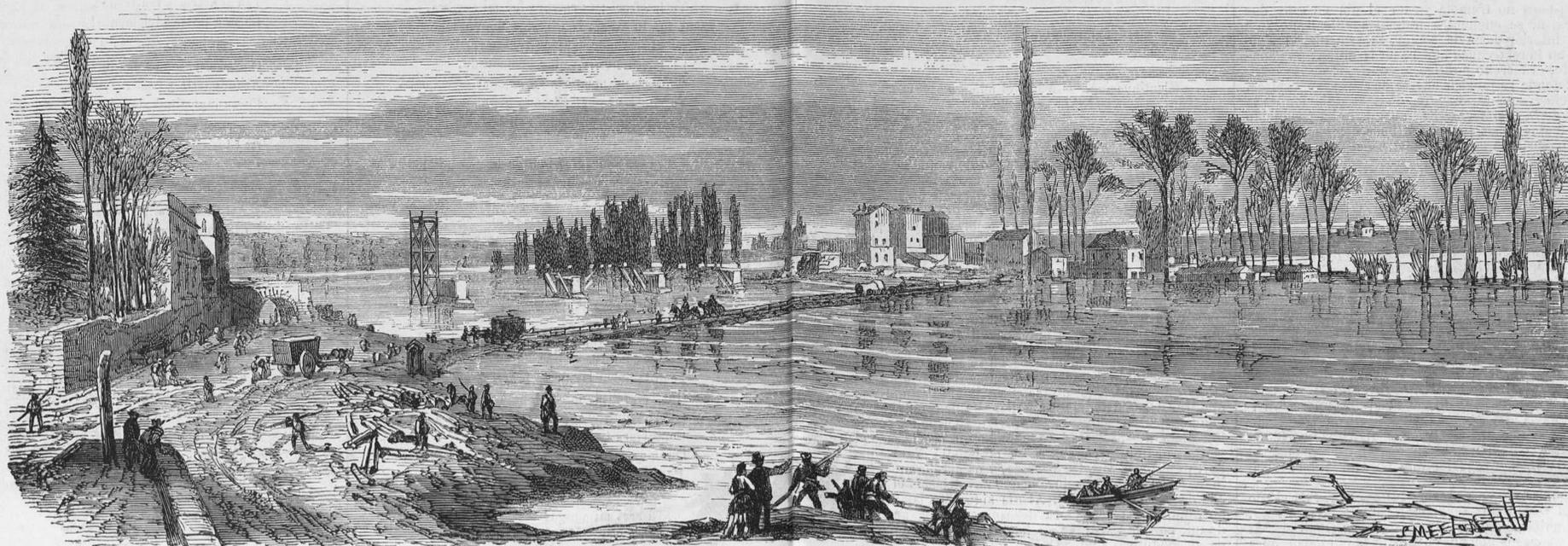
Al cabo de algunos días que nos separamos de las inmediaciones de Gumuch-Khaneh, pasábamos de un pachalik á otro, pues habíamos atravesado el de Trebisonda y entrábamos en el de Erzeroum, ó sirviéndonos de términos clásicos, salíamos del reino de Pont para el de Armenia. Entrábamos, pues, en uno de los distritos menos conocidos del Asia.

Ese vasto país, siempre mezclado á los grandes hechos de la historia de los pueblos asiáticos, cayó víctima de las vicisitudes de toda clase, de modo que existe el nombre de Armenia, hoy día, y aun es mucho decir, pues incorporada á la Turquía, á la Persia ó á la Rusia, resulta que la patria de Tigrano no tiene siquiera un nombre en el mapa. De todos modos, lo que es cierto, que no esperaba una recepción muy cumplida y amable en el territorio de la antigua Armenia. Apenas entramos en el pachalik de Erzeroum cuando vimos entrar un grupo de hombres á caballo, entre los que se notaban varios oficiales superiores. Era el *mutselim* de la pequeña ciudad de Baibout, que venía á nuestro encuentro con un coronel y otro oficial del palacio del bajá de Erzeroum.

Esos personajes los enviaba este último para cumplimentar al embajador y escoltarle á fin de que no le faltase nada en su distrito. El gobernador de la provincia de Erzeroum era Hafiz-bajá, el mismo que mandaba el ejército turco en Nezbib y que perdió esa batalla contra Ibrahim-bajá, la que decidió la suerte de la Siria, quedando independiente el Egipto. Hafiz-bajá nos trató muy bien, con una benevolencia y una consideración enteramente particulares. En Baibout nos habían preparado excelentes alojamientos por sus órdenes; y mas tarde hasta llegar á Erzeroum hallamos siempre una buena hospitalidad, merced á las instrucciones que había dado, escoltándonos los oficiales de Hafiz-bajá hasta junto á las murallas de Erzeroum.

Ya hacia algunas horas que veíamos esa ciudad, y nos hallábamos á una media legua de ella, cuando encontramos una compañía de infantería, colocada en batalla á la orilla del camino, la que presentó las armas al pasar junto á ella, y haciendo luego un movimiento de flanco se colocó delante de nuestra comitiva para precedernos al entrar en la ciudad.

En efecto, llegamos á ella, pasando bajo unas bóvedas cerradas con puertas revestidas de hierro, cuyos



LAS INUNDACIONES. — Aspecto de las islas de Chatou en las cercanías de Paris. — (Véase la Revista de Paris).

goznes se hallaban introducidos en murallas muy antiguas. El bajá había hecho preparar para nosotros varios cuartos, cosa que ya nos era desconocido desde nuestra salida de Trebisonda; y en efecto, nos hallamos con ricos tapices, sofás y buenas chimeneas provistas de leña, que nos hicieron olvidar muy pronto las tristes etapas hechas en la nieve, y los no menos tristes altos que hacíamos por la noche en las chozas ó en los establos de los pueblecillos de la Armenia.

El bajá había recomendado que no careciésemos de nada para nuestra cocina. La lista de las provisiones que había ordenado hacer para nosotros es verdaderamente un documento curioso, como puede verse por los guarismos que vamos á citar: Seis bueyes, doce carneros, mil huevos, sesenta pollos, cien libras de café moka, treinta libras de miel, tres barricas de vino, doscientas libras de tabaco, doscientas libras de manteca, y además azúcar en abundancia, bugías y otras menudencias; siendo de advertir que solo éramos veinte y cinco para consumir esas provisiones.

Durante los días que estuvimos en la residencia de Hafiz-bajá le vimos varias veces, nosotros íbamos también á verle, y se invitó para comer un día con nosotros. Era un hombre excelente, tan sencillo como afable, su fisonomía franca é inteligente no tenía nada de común con el tipo turco, cosa que nos sorprendió al principio, pero el bajá hizo desvanecerse muy pronto esa sorpresa, diciéndonos que era circasiano. Hafiz-bajá había sido conducido de muy niño á la corte del sultán Mahmoud, y fué ascendiendo por todos los grados de la fortuna, hasta el día que le fué infiel en Nezip.

Fiel al servicio del emperador de Constantinopla, no por eso su alma había dejado de ser sensible á las desgracias como á las victorias de sus compatriotas; pues en los momentos que pasábamos hablando con él, su natural franco y dispuesto á la simpatía, se dejaba entrar con mucho gusto en la conversacion íntima, pues hablaba con marcado afecto de la Circasia y del patriotismo de sus nobles hijos. Los votos secretos que hacia en favor de su causa, se dejaban conocer; pero no los manifestaba públicamente, y Hafiz-Bajá explicaba sus reticencias, diciendo:

— He ido á Rusia, y el emperador me ha dado muchas pruebas de su bondad; por consiguiente, no puedo deseárselo mal, y me limito á esperar lo que resulte de los decretos de Dios.

Esas palabras eran demasiado dignas para poder censurarlas nadie. Todo el patriotismo del bajá y todos sus votos en favor de los circasianos, se revelaba en este *inchallah*; en esta invocacion del Ser Supremo, pues esa esperanza en Dios es la expresion mejor sentida de la confianza de un musulman en la proteccion del Todopoderoso. Hafiz-bajá decia, pues, noblemente, que no deseaba mal al emperador de Rusia; pero su corazon tenia la esperanza de que el cielo intervendría en esa guerra y protegeria al héroe del Cáucaso.

Una noche que el bajá había ido á brindarse sin la mas mínima ceremonia á casa del embajador, fué reconocido por el *tchiahouch-bachi*, oficial de los domésticos turcos de la embajada, á quien había salvado la vida hacia mas de veinte años.

Ese hombre se llamaba Fesy, había sido genizaro en Constantinopla, y de mal vasallo como lo eran todos ellos, no había conocido durante mucho tiempo otra ley que la del sable, ni otro argumento que el puñal. A consecuencia de una riña que había tenido, mató á un hombre, y Fesy fué condenado á ser decapitado.

Hafiz-bajá, merced á las funciones que desempeñaba entonces, pudo intervenir en favor del genizaro y salvarle la vida. Ese episodio databa ya de muy lejos, y si bien el agraciado se acordaba muy bien del favor recibido, el bienhechor había olvidado su clemencia.

En todas las conversaciones que seguia el bajá de Erzeroum, manifestaba siempre una animacion excesiva. Sus modales eran muy amables, y parecia buscar con mucho gusto la compañía de los europeos, interesándose en un descubrimiento. Su deseo de instruirse llevaba el doble y landable objeto de ser útil á su país, dejando á un lado el desprecio estúpido que tienen en general los mahometanos por la civilizacion oriental.

Sin embargo, había un punto sobre el que no estábamos de acuerdo con Hafiz-bajá, pues tenia por médico á un piamontés que había sido *cocinero* á bordo de un buque mercante. El bajá no lo ignoraba, verdad es que no tenía una fe ciega en la ciencia del piamontés; pero decia:

— ¿Qué quieren ustedes? No teniendo otro mejor, sigo con él: ¡Allah Kerim!

Lo que queria decir: ¡Dios es grande! ¡Dios me salvará!

Hafiz-bajá hablaba con mucha facilidad, y se dejaba ir muchas veces á los equívocos. Uno de los nuestros le había ofrecido una petaca con cigarros, pues le habían dicho que se fumaba con mas comodidad á caballo que con el tchibouck turco.

El bajá tomó en seguida un cigarro, y al mismo tiempo le presentaron fuego con unas tenacillas; pero cayó un carboncito en su vestido, de modo que cuando todos se apresuraban á apagarlo, dijo riendo:

— El bajá no teme el fuego.

En seguida pensé en la batalla de Nezip, en donde el bajá había visto en efecto el fuego de muy cerca, y en donde, segun dicen, queria morir allí cuando vió

cortada su caballeria por los egipcios, y que su infanteria se había pasado á Ibrahim. Ese gran desastre, no tan solo había oscurecido un poco su gloria militar, sino que le hizo perder todas sus riquezas. El bajá nos contaba todas esas tristes escenas con una filosofia admirable: y parecia no sentir la pérdida de sus bienes ni los tesoros que le habían cogido, y solo su frente tomaba un aspecto un poco sombrío al hablar de su infortunio como soldado, y de la necesidad en que se viera de huir casi solo para salvar su vida.

En efecto, cuando todo estaba perdido, y sin que pudiese siquiera aplicar á su ejército tráfuga la palabra consoladora de Francisco I, se escapó del campo de batalla, escoltado tan solo por cinco de sus oficiales, salvándose en el Kurdistan, cuyas montañas y desfiladeros le ofrecian un abrigo. Sin embargo, aun allí se encontró con nuevos enemigos, pues se vió atacado por una numerosa banda de Kurdas; pero los oficiales que le acompañaban se portaron bien, y el mismo bajá dió muerte á dos bandidos.

Los compatriotas de Hafiz-bajá podrian mirarle como un hombre excéntrico; pues la mayor parte de los turcos, indolentes y apáticos, critican como una anomalía á toda naturaleza viva y simpática. Hafiz-bajá la vispera de nuestra salida nos dió la última prueba de la prodigalidad oriental, pues envió al embajador, para distribuirlos entre nosotros, diez y seis caballos, diez y seis sables damasquinos y hasta una suma de dinero de 20,000 piastras. Los caballos y los sables se aceptaron; pero no el dinero, cosa contraria á nuestros usos y costumbres.

Cinco días había que descansábamos en Erzeroum, era bastante, y era preciso volver á montar á caballo; y al efecto pasamos todos reunidos al serrallo del bajá para despedirnos de él.

En esa última visita aun le encontramos mas amable de lo de costumbre, haciéndonos ver el disgusto que experimentaba al vernos querer marchar tan pronto. Había creído y esperado, decia él, que los hielos del invierno y los pasos tan difíciles de las montañas nos hubiesen obligado á permanecer en su compañía, añadiendo que nunca nos olvidaria y que se creia enteramente feliz por haber tenido el gusto de conocernos.

El embajador quiso aprovecharse de aquellos momentos para pedirle el perdon de un cristiano. Aquel desgraciado había tenido una veleidad de apostasia, y quiso circuncidarse; pero á poco tiempo se arrepintió y no queria ser mahometano. La ley musulmana es formidable sobre ese punto, por manera que semejante accion se castiga con la pena de muerte. Sin embargo, el bajá perdonó al pobre cristiano, diciendo que no sabia cómo se arreglaría con los *mollahs*, hombres sumamente fanáticos en aquel distrito lejano del imperio.

Nos despedimos, pues, de Hafiz-bajá, sumamente reconocidos de su cordial recibimiento; y él, por su parte, parecia conmovido, pues le oíamos repetir:

— *Koch-Gueldin... Allah saklasen* (bien venidos seais, y Dios os conserve).

Durante el alto que hicimos en Erzeroum, el embajador había recibido la visita de todos los europeos, agentes políticos ú otros, que habitaban la ciudad. Entre los primeros solo estaban acreditados oficialmente el cónsul de Inglaterra y el de Rusia; pues esas dos potencias eran las solas que tenían representantes en Asia.

En otra direccion la influencia francesa se extiende hácia algunos puntos del litoral del Mediterráneo; y de allí pasando por los desiertos del Sur, hacia tremolar en otro tiempo su pabellon en Moscou y en Bagdad; pero no tremola ya en el día en esas dos ciudades, ni se encuentra ningun agente francés en todo el interior del Asia Menor, la Armenia, el Kurdistan, en Persia y mas allá hasta la China: por consiguiente, el terreno político, es decir, el de las intrigas, en donde se juega la suerte de esos vastos países, está exclusivamente abandonado á la ambicion de la Rusia y de la Inglaterra. Ese abandono ha producido ya sus frutos; pues las dos últimas naciones ejercen mucho poderío en ese vasto teatro del mundo asiático, en donde la Francia apenas es conocida.

II.

Antes de volver á emprender la vida nómada, tuvimos el tiempo suficiente de recorrer Erzeroum, recojiendo algunas nociones precisas sobre el estado actual de la numerosa poblacion que habita en esa curiosa ciudad. Erzeroum, que algunos etimologistas hacen derivar del nombre de *Arx romanorum*, fué fundada en 415 por Teodosio II, y fué llamada *Teodosiopolis*.

Es la capital del país que se designaba en otro tiempo con el nombre de la *Alta Armenia*, siendo tambien la capital del pachalik de Erzeroum, que se divide en muchos distritos mandados por bajás que están sometidos al que reside allí. Ese distrito, que fué la cuna del cristianismo armenio, es célebre por el martirio de san Gregorio, que predicó allí el Evangelio.

Erzeroum cayó en poder de los otomanos en el año de 1517; y los rusos se apoderaron de ella en 1829, pero la entregaron á la Puerta al año siguiente. El paso de los rusos por allí costó caro á la ciudad, pues se llevaron consigo á muchas familias armenias para establecerlas mas allá del Araxe, que es en la actuali-

dad su frontera. La emigracion forzosa de 1829, la naturaleza del país y hasta el mismo genio de la nacion armenia concurren á explicar el estado actual de la ciudad.

Los armenios, esencialmente agricultores y pastores, al menos en ese distrito, conservaron sus gustos, secundados por otra parte por la fecundidad de las planicies elevadas y la riqueza de los valles que ocupan; así es que la llanura de Erzeroum, que es muy vasta, es uno de los puntos mejor cultivados y de los mas ricos del imperio otomano, en donde todo sufre y muere generalmente, la naturaleza como las generaciones.

Si dejamos á un lado los mercados necesarios para los cultivadores de los pueblos inmediatos á Erzeroum, podemos decir que el comercio de la ciudad es de tránsito; pues las infinitas caravanas que pasan por allí y que vienen de la Persia ó de la India, se dirigen á Constantinopla sin desatar siquiera sus fardos.

Erzeroum presenta pocos monumentos notables; pero se hallan algunos vestigios de edificios en los que se advierte una grandeza y elegancia muy superiores á las ciudades modernas. Uno de esos edificios merece una atencion particular, á causa de los recuerdos que inspira y tambien por el mismo abandono en que que le dejan los mahometanos. Es preciso buscar el motivo en el origen que los turcos le atribuyen, pues ellos ven allí las ruinas de una obra de los *guiaours* ó *infeles*, es decir, de los cristianos.

Yo no he podido recoger datos ciertos sobre las ruinas de Erzeroum, y he creído que los *guiaours*, que segun dicen han hecho ese edificio, no eran otros que los armenios poseedores aborígenas del país, antes de la intrusion de las hordas mahometanas. Sea lo que fuere, y si se ha de juzgar por la disposicion interior, esas curiosas ruinas serian las de una iglesia. El plano del edificio era el de una cruz latina, y la nave principal debió estar comprendida entre dos filas de arcadas, sobre las cuales había otras dos filas.

Los armenios dicen que hubo en el lugar que ocupan esas ruinas una hermosa iglesia arruinada enteramente por los turcos, pero no pudimos saber ni en qué época, ni por qué. Es muy probable que esa devastacion remonta á la invasion de las tribus turcomanas que cubrieron de ruinas todo el Oriente.

En la actualidad se hicieron algunos techos entre las ruinas que sirven de almacenes de armas, entre las que hay de toda clase, y no extrañe el ver algunas pertenecientes á los guerreros de las cruzadas. Los turcos parecen estimar mucho esos despojos, que provienen, segun dicen ellos, de los *guiaours* vencidos.

Nos parece que esas armas han debido ser conquistadas sobre infortunados cruzados que perecieron en el Asia Menor, y por consiguiente pensamos ver en ellas los tristes trofeos recogidos por los principes musulmanes de Kousiah, á los cristianos asesinados en los desfiladeros del Turus, ó junto á las murallas de Antioquia, pues de otro modo es muy difícil poder explicar la presencia de esas armas en Erzeroum, pues nunca se avanzaron los cruzados hasta allí, ni aun en los tiempos mas prósperos.

(Se continuará.)

Cuentos de Hoffmann.

LA SEÑORA DE SCÚDERI.

(Continuacion. — Véase el número 1,041).

— Ya sabeis, señora, cómo se frustraron mis esfuerzos por veros; sin embargo, yo no renuncié á esa esperanza. De repente, Cardillac perdió toda su alegría; vagaba tristemente de una parte á otra, deteniéndose con la mirada extraviada, y pronunciaba inteligibles palabras, agitando los brazos como para alejar á un enemigo. Es que su razon, señora, se hallaba turbada por criminales pensamientos. Un día en que él había pasado muchas horas en ese espantoso estado de agitacion, sentóse por último en la mesa de su taller, alzóse poco despues, miró por la ventana, y exclamó con voz llena de tristeza:

— Mas valiera que Enriqueeta de Inglaterra se hubiese llevado mis brillantes.

Estas palabras me consternaron: conocí que se hallaba perseguido de nuevo por un sanguinario espectro, y que el infierno le sacaba de juicio: comprendí que vuestra existencia se hallaba amenazada, pero que aun podiais salvaros si volviais á su poder aquellos diamantes. Como á cada momento crecia mas el riesgo, cuando os encontré en el puente Nuevo me abri paso hasta vuestra carroza, y os arrojé aquel billete, en el cual os conjuraba que devolviérais el estuche de joyas á Cardillac. Al día siguiente las esperé en vano, y una verdadera desesperacion se apoderó de mí, porque Cardillac no hacia mas que hablarme de un magnifico aderezo en el que había estado soñando toda la noche, con lo cual me convencí de que se trataba del vuestro, y de que meditaba un nuevo

asesinato que debía perpetrar, tal vez, aquella noche misma.

Era necesario salvaros, aunque á Cardillac le costase la vida : por eso así que él se retiró á su cuarto despues de haber rezado segun costumbre, me descolgué por una ventana al patio, y saliéndome por la abertura del muro me oculté á pocos pasos de distancia en la oscuridad. Pocos momentos despues sale René y se desliza á lo largo de la calle : le sigo, se dirige á la de San Honorato, y siento estremecerse mi corazon. De repente desaparece, y yo alarmado me sitúo cautelosamente en la puerta de vuestra casa; entonces, como aquella noche en que la casualidad me hizo testigo de un asesinato de mi maestro, pasa un oficial cantando por mi lado sin reparar en mí, y al punto una figura negra se arroja sobre él; era Cardillac. Quiero impedir aquel asesinato, lanzo un grito, y en tres saltos me coloco junto á mi maestro; pero no fué el oficial, sino este quien cayó al suelo, exhalando un ¡ay! desgarrador. El caballero tira su puñal, desenvaina su espada, y se coloca en guardia, suponiendo que yo venia á favorecer al asesino; pero despues se aleja precipitadamente al ver que me aproximaba á socorrer al moribundo. René vivia aun : despues de haber recogido el arma que el oficial habia dejado caer, le cojo en brazos, y cargándole sobre mis hombros, le vuelvo con trabajo al taller, entrando por la puerta secreta.

Lo demás ya lo sabeis, señora, y bien veis que mi solo crimen consiste en no haber denunciado al padre de Magdalena con el objeto de poner fin á sus delitos : mis manos no se han teñido jamás en sangre, pero ningun tormento humano me hará revelar los crímenes de Cardillac, porque no quiero ofender á la Providencia descubriendo las maldades que ella ha tenido ocultas á su pobre é inocente hija; porque no quiero que á consecuencia de mi confesion recaiga sobre ella todo el horror de lo pasado, que la justicia humana arranque á la tumba el cadáver de su padre para que el verdugo imprima en él una marca ignominiosa. ¡No! la mujer á quien amo llorará á su padre creyéndole inocente, y los años mitigarán al fin su dolor; pero la desesperacion que le causaría la revelacion de las atrocidades de su padre seria eterna.

Oliverio calló : un torrente de lágrimas brotó de sus ojos, y arrojándose á los piés de la señora de Scúderi, exclamó :

— ¿No es verdad que estais convencida de mi inocencia? ¡Oh! sin duda; pero ahora compadeceos de mí, y decidme lo que ha sido de Magdalena.

La señora de Scúderi llamó á la Martinière, y algunos momentos despues Magdalena se hallaba en los brazos de Brusson.

— ¡Ah! todo va bien, exclamó la jóven, puesto que estás aquí. Ya sabia yo que esta noble señora te salvaria.

Oliverio, al escucharla, olvidaba su situacion y sus peligros; creíase libre y feliz : ambos se quejaron tiernamente de lo mucho que habian padecido, y se abrazaron de nuevo llorando de placer.

Si la señora de Scúderi no hubiese ya estado plenamente convencida de la inocencia de Brusson, su mas ligera sospecha se habria desvanecido con el espectáculo de aquella tierna pareja embriagada con la felicidad de su amor y olvidada del mundo y de su amargo infortunio.

— ¡Ah! exclamó la ilustre escritora; solo un corazon puro puede experimentar semejantes emociones.

Los rayos de la mañana penetraban ya al través de los cristales de las ventanas, y Desgrais llamó suavemente á la puerta de la estancia, diciendo que ya era hora de conducir de nuevo á Oliverio, porque mas tarde no podria hacerse sin llamar la atencion de la gente. Ambos amantes se separaron.

VI.

Los sombríos presentimientos que se habian apoderado de la señora de Scúderi desde el día en que Oliverio entró por la vez primera en su casa, acababan de realizarse de una manera terrible. Veia al hijo de su querida Ana envuelto, á pesar de su inocencia, en una acusacion tal, que era casi imposible libertarle de una muerte ignominiosa, y le conmovia profundamente la heroica resolucion del jóven, que preferia sucumbir á revelar un secreto que mataria indudablemente á Magdalena. No se le ocurría medio alguno para arrancar á aquel desgraciado de las garras del tribunal, y sin embargo se hallaba resuelta á no retroceder ante ningun sacrificio, con tal de evitar la sublevadora iniquidad que estaba á punto de cometerse.

Discurría mil planes, forjaba mil proyectos arriesgados, pero todos los rechazaba unos despues de otros viendo apagarse sucesivamente hasta el último rayo de esperanza, y no sabiendo por último qué partido tomar. Pero la confianza infantil y tierna de Magdalena y el entusiasmo con que hablaba de su amante, al que debia abrazar en breve ya en libertad, reanimaban el abatido valor de la señora de Scúderi, haciéndole insistir con mas fuerza en su primitiva resolucion.

Para dar principio á su generosa tarea, la ilustre y venerable escritora escribió á la Reinie una larga carta, en la que le decia que Brusson le habia probado de la manera mas evidente su inocencia, y que la no-

ble resolucion de llevar hasta el sepulcro un secreto cuya revelacion inferiria un golpe mortal á la inocencia y á la virtud misma, era el único motivo que le impedia revelar al tribunal hechos que le justificarian no solo la muerte de Cardillac, sino hasta de la sospecha de haber estado afiliado á una gaviilla de malhechores.

La verdad es que la señora de Scúderi empleó cuantos medios pueden inspirar un celo ardiente y una elocuencia verdadera, á fin de ablandar el empedernido corazon de la Reinie. Algunos instantes despues recibió la respuesta del presidente, reducida á manifestarle que se congratulaba sinceramente de que Oliverio se hubiese justificado á los ojos de su digna protectora; pero en cuanto á la heroica resolucion que el acusado habia formado de llevar á la tumba el secreto relativo á la muerte de Cardillac, sentia vivamente que la Cámara ardiente no se sintiese dispuesta á tener con ella la menor consideracion, y que por el contrario su deber le obligase á tratar de vencer, valiéndose de los medios mas duros, el propósito de Oliverio, teniendo la esperanza de poseer en el término de tres dias aquel maravilloso secreto que sin duda produciria milagros una vez revelado.

La señora de Scúderi comprendió perfectamente los medios con que contaba la Reinie para vencer la constancia del pobre jóven, los cuales no eran otros que el tormento, al que veia sin remision condenado al infeliz Oliverio; y en tal angustia se le ocurrió la idea de consultar á un jurisconsulto, siquiera para obtener una tregua.

Pedro Arnaldo de Andilly era entonces el abogado mas célebre de Paris, y su probidad y su virtud igualaban á su vasta ciencia y su profunda inteligencia. La señora de Scúderi fué á consultarle, y le dijo cuanto podia decirle sin llegar al secreto de Brusson : pensaba la buena señora que Andilly tomara con calor la defensa del inocente, pero se halló amargamente defraudada en sus esperanzas. Despues de haberla escuchado con la mayor atencion, le respondió sonriendo con aquel verso de Boileau :

— ¡Ay! señora, que la verdad no es siempre verosímil.

El abogado probó á la señora de Scúderi que los mas vehementes indicios obraban contra Oliverio; que la conducta de la Reinie en aquel caso no era cruel ni precipitada, y que él mismo no podria obrar de otro modo sin faltar á sus deberes de juez : por último, Andilly no esperaba tampoco librar con la mas sabia defensa á Oliverio de la tortura; el acusado solo podia evitarla, en su concepto, ya por una confesion sincera de su crimen, ya con una relacion muy circunstanciada de la muerte de Cardillac, relacion que tal vez podia ofrecer un nuevo medio de defensa.

— Pues si eso es así, exclamó desesperada la señora de Scúderi, iré á arrojarme á los piés del rey á pedirle gracia.

— No hagais tal, en nombre del cielo, respondió Andilly; guardad ese último recurso, porque si una vez os llegaba á faltar, seria despues fallido para siempre : el rey no perdonará jamás á un criminal de esa especie, y el pueblo mismo irritado le perseguiria con sus reconvencciones. Es muy posible que Brusson, por el descubrimiento de su secreto ó por cualquier otro medio, llegue á alejar las sospechas que hoy recaen sobre él, y entonces es la ocasion de invocar la clemencia del rey, el cual, sin inquietarse por lo que se haya demostrado ante el tribunal, no consultará mas que á su íntima conviccion.

La señora de Scúderi tuvo por necesidad que acceder al consejo experimentado de Andilly, y se retiró. Absorta en su profundo disgusto, y reflexionando sobre todo lo que debia hacer, la buena señora, para salvar al desgraciado Brusson, hallábase muy tarde por la noche sentada en su aposento, cuando la Martinière entró á anunciar al conde de Miossens, coronel de la guardia del rey, que deseaba en el momento mismo hablar á la señora de Scúderi.

— Perdonadme, señora, exclamó el conde, haciendo un saludo militar, si me presento á una hora no acostumbrada; los soldados no podemos elegir el tiempo, y en dos palabras quedaré excusado : Oliverio Brusson es quien me trae aquí.

— ¡Oliverio Brusson! repuso la señora de Scúderi, alarmada con lo que acababa de oír. ¡Oliverio! ¡el mas desgraciado de los hombres!... ¿Qué teneis vos de comun con él?

— Bien sabia yo, añadió Miossens sonriendo, que el solo nombre de vuestro protegido bastaria para que me dispensáseis una benévola acogida. Todo el mundo está persuadido de la criminalidad de Brusson; pero yo sé que sosteneis respecto á este particular otra opinion fundada, segun se dice, en las seguridades que os ha dado el mismo acusado : pues nadie mejor que yo puede estar convencido de que Oliverio no ha tenido parte alguna en la muerte de René Cardillac.

— Hablad, hablad, dijo la respetable señora llena de alegría.

— Yo mismo he sido el matador del viejo joyero en la calle de San Honorato, no lejos de vuestra casa.

— ¿Vos? en nombre del cielo, ¿vos mismo?

— Sí, señora, y os lo declaro porque estoy muy satisfecho de ello. Sabed que ese Cardillac era el hombre mas hipócrita y mas perverso del mundo : él era quien robaba y asesinaba á tanto infeliz entre las sombras de la noche, y el que se burlaba de la vigilancia de todas nuestras autoridades. Yo no puedo explica-

ros la vana sospecha que concebí contra aquel infame viejo cuando me devolvió visiblemente turbado su aderezo que le habia encargado, preguntándome el nombre de la persona para quien lo destinaba, y cuando llegué á enterarme de que le habia consacado á mi ayuda de cámara la hora en que yo acostumbra á visitar á cierta señora. Hacia ya largo tiempo que estaba yo sumamente sorprendido de ver que todas las desgraciadas víctimas de ese escandaloso pillaje tenían la misma herida, y calculé que el asesino se habria ejercitado en hacerla y que estaria confiado en su golpe; por consiguiente, que si este le faltaba, el combate luego seria igual. Dominado de esta idea, empleé una precaucion tan sencilla, que no comprendo cómo no ha sido adoptada por otros antes que por mí, que fué ponerme una cota de malla debajo de mi jubon. Cardillac me atacó por la espalda; apoderóse de mí con una fuerza formidable, pero su golpe, dirigido con destreza, resbaló por la cota. En aquel momento me desasí de sus manos y le hundi en el pecho el puñal con que iba prevenido.

— ¿Y guardais silencio? exclamó la señora de Scúderi; ¿y no declarais lo ocurrido al tribunal?

— Permittedme, señora, que os observe que semejante declaracion seria causa, si no de mi ruina, al menos de un proceso sumamente enojoso para mí. La Reinie, que por todas partes cree hallar la huella del crimen, ¿me creeria acaso si yo me presentase acusando de asesino á Cardillac, á ese modelo de honradez y virtud? ¿La espada de la justicia no caeria entonces sobre mi cabeza?

— ¡Imposible! añadió la señora de Scúderi; vuestro nacimiento, vuestro rango...

— Sí, si, continuó Miossens; acordaos del mariscal de Luxemburgo, que por haber tenido la humorada de hacerse decir la bucaventura por la Voisin, fué acusado de envenenador y encerrado en la Bastilla. ¡No, por San Dionisio! yo no daré una hora de libertad, ni la punta de una oreja á esa hiena de la Reinie, que nos decapitaria á todos de muy buena gana.

— Pero vuestro silencio conducirá al cadalso al inocente Brusson.

— ¿Inocente, señora? ¿Llamais inocente al cómplice maldito del infame Cardillac, al que le ayudaba en todas sus atrocidades? No, es muy justo que muera; y si yo he venido á deciros la verdad, ha sido tan solo para que os sirvais de este aviso en favor de vuestro protegido, pero sin comprometerme por ningun estilo ante la Cámara ardiente.

La señora de Scúderi, loca de alegría al ver confirmarse de aquel modo la inocencia de Oliverio, no vaciló en revelar al conde todos los crímenes de Cardillac, y le rogó que le acompañase á casa del abogado Andilly. Este, despues de haber oído la relacion del conde, le hizo mil preguntas sobre los menores detalles : inquirióle sobre todo si estaba seguro haber sido atacado por Cardillac, y si reconoceria á Oliverio Brusson en el hombre que se habia llevado el cadáver.

— ¡Sin duda! dijo Miossens; porque no solo reconocí perfectamente al platero al resplandor de la luna, sino que he visto en casa de la Reinie el puñal con que ha sido muerto Cardillac, y es el mio, muy notable por el primoroso cincelado de su puño. Como solo me separaban dos pasos del jóven que vino á socorrer al herido y se le cayó el sombrero al suelo, pude distinguir muy bien sus facciones, y le reconocí sobradamente.

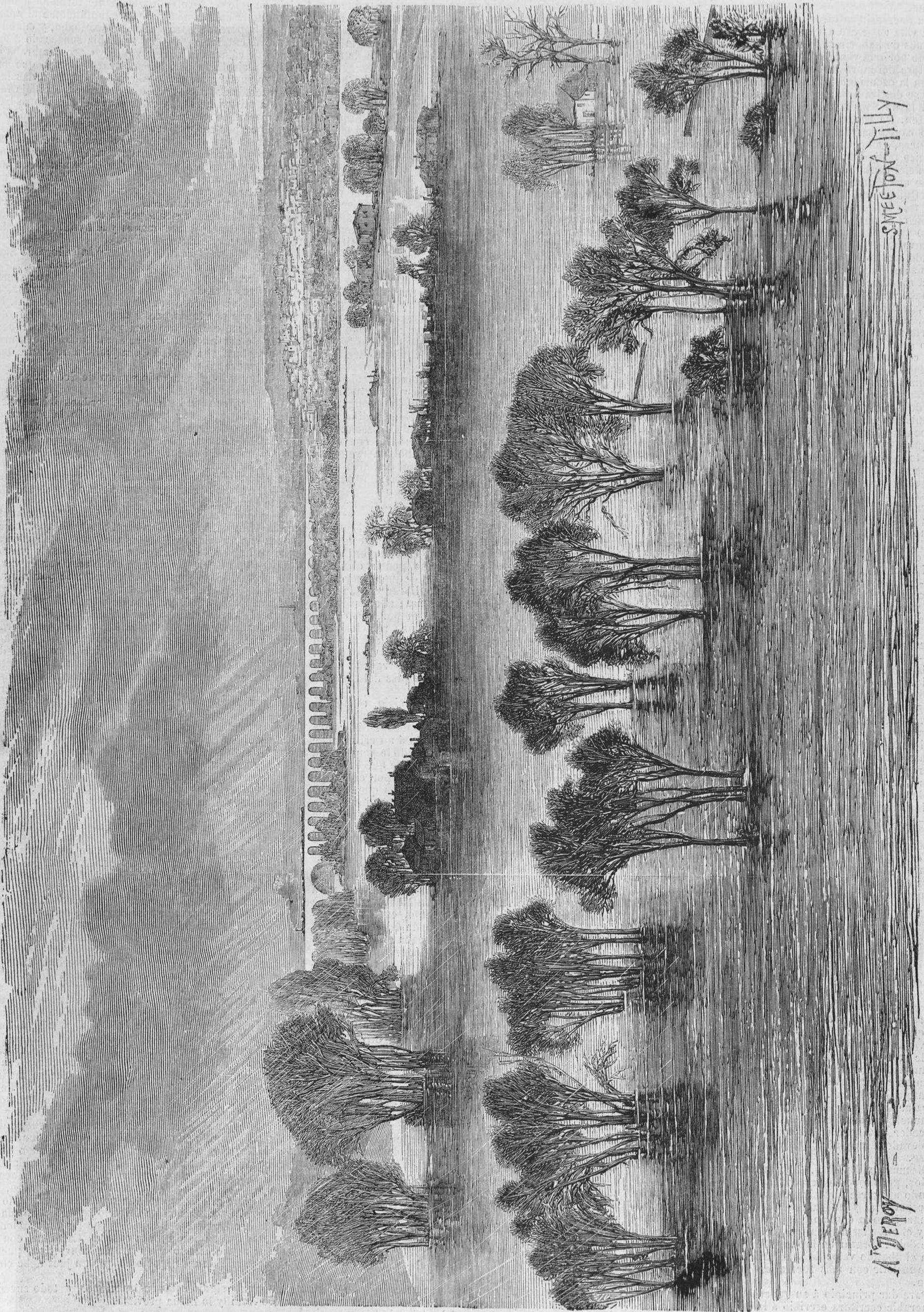
Andilly guardó silencio por un momento, y despues añadió :

— No se puede salvar á Brusson de las manos de la justicia por los medios ordinarios. A causa del amor que profesaba á Magdalena el presunto reo, no quiere denunciar á Cardillac, y aun cuando así lo hiciese, demostrando la salida secreta y el tesoro acumulado por el lapidario, no por eso dejaria de ser condenado tambien á muerte como cómplice de todos sus crímenes. La situacion continúa siendo exactamente la misma, aunque el conde de Miossens refiera á los jueces el hecho tal como en realidad ha ocurrido. Todo lo que nosotros debemos procurar es una dilacion, y despues veremos. El señor conde debe ir á la Consergeria, hacer que le enseñen á Oliverio Brusson, y reconocer en él al que se llevó el cadáver de Cardillac. En seguida el señor conde tendrá á bien ir á buscar á la Reinie y decirle :

— Yo vi asesinar á un hombre en la calle de San Honorato; me hallaba muy cerca de la victima, cuando vi acudir corriendo á otro hombre que se inclinó para ver si el herido respiraba todavia, y se lo llevó en sus hombros; aquel hombre era Oliverio Brusson. Esta declaracion producirá otro interrogatorio y la confrontacion de Brusson con el conde : se suspenderá el tormento, y se procederá con mayor calor á nuevas indagaciones, con lo cual tenemos tiempo para poder dirigirnos al rey, súplica que vos entablareis, señora, del modo mas conveniente y segun os lo aconseje vuestro reconocido talento. En mi opinion, lo mejor seria referir punto por punto este misterio al monarca. La confesion de Oliverio se verá confirmada por la declaracion del conde y por las indagaciones secretas que se harán en la casa de Cardillac, con lo cual el rey, cediendo á su propia conviccion, puede hacer gracia en un negocio en que un juez debe condenar.

El conde siguió estas instrucciones, y todo sucedió como Andilly lo habia previsto.

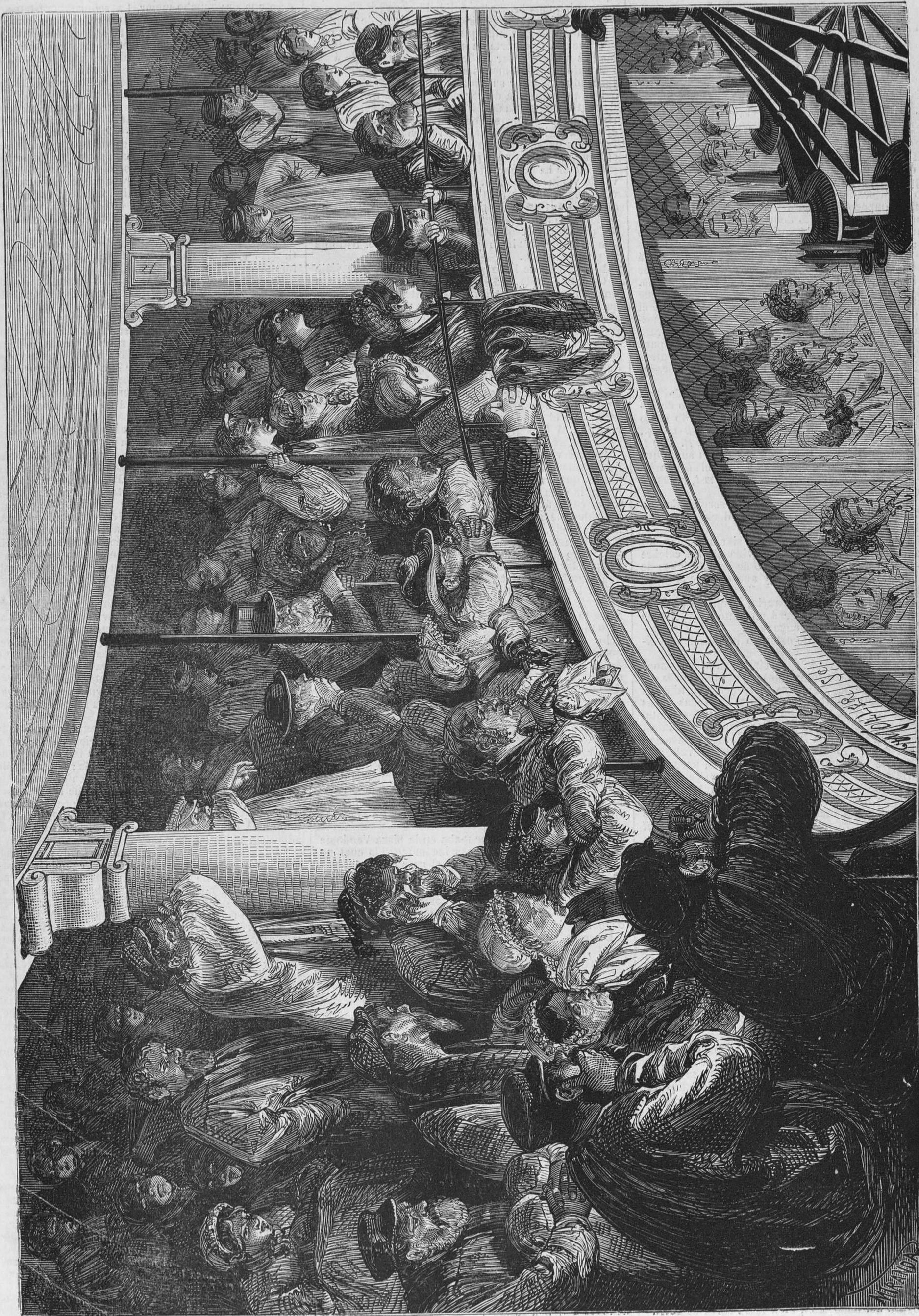
(Se concluirá.)



A. JEROY

SMEETON-JILLY

LAS INUNDACIONES. — El valle de Perreux : inundacion del Marne, en las cercanias de Paris.



TIPOS Y FISONOMIAS DE PARIS. — El Paraiso en el teatro del Ambigu.

Memorias de un criado.

EL MARIDO DE LA SEÑORITA SHUM.

(Continuacion. — Véase el N° 1,041).

En cuanto al préstamo, ¿tengo necesidad de añadir que no entraba de ningún modo en las ideas de Cinqpoints prestar un solo sueldo á nadie? No habia visto al autor de sus días desde hacia ocho ó nueve años, y tampoco tenia gran afán por verle. Su padre no le inspiraba un cariño de los mas vivos, y habia en el mundo una persona á quien él queria muchísimo mas; este era el hijo de su padre.

Antes que soltar un penique, habria visto rodar á todos los parientes, y morirse en un hospital á los queridos hermanos que vivian bajo el techo paterno.

Los periódicos que remitia lord Crabs probaban que los éxitos de Cinqpoints habian tenido mas eco que el que hubiera deseado darles. ¿Por qué diablos se mezclaba en su asunto la prensa, que no tiene ni una frase amarga para los altos banqueros que se adunan para estafar al público? Pero no; les deja en paz, mientras ataca á un hijo de familia por cualquiera calaverada.

El primer artículo decia:

« Parece que el honorable P.-Cq-pts ha dado una nueva prueba de lo que le produce su talento de sociedad. Ayer viernes, 13 de junio, ha ganado cinco mil libras esterlinas á un jovencillo, Th-ms D-k-s, Esq., y perdido dos mil quinientas libras contra R. B-w-t, Esq. El joven D-k-s ha pagado lealmente la suma que habia perdido; pero no sabemos que el honorable P. C-q-pts se haya desquitado con M. B-w-t, antes de su precipitada salida para Francia. »

El segundo artículo, inserto en la seccion de Respuestas á los correspondientes, prometia decir mas sobre el mismo asunto:

« Un jugador leal nos pregunta si conocemos los procedimientos de que se ha servido el muy célebre C-q-pts para querer ser el árbitro de los caprichos de la fortuna. Si, los conocemos, y aun nos proponemos revelarlos próximamente. »

Nada se reveló. Por el contrario, la misma publicacion que acababa de atacar á mi amo, no vaciló en reconocer que se hallaba engañada.

En el número inmediato estampó la advertencia siguiente:

« En la semana pasada aparecieron en las columnas de nuestro periódico unas líneas que pudieran lastimar la honra de un caballero irreprochable, hijo del ejemplar conde de Crabs. Sentimos de todas veras que, mientras el redactor en jefe se hallaba ausente, se hayan insertado, sin revisar, semejantes calumnias. Ofrecemos al honorable P. C-q-pts la única reparacion que está á nuestro alcance, una completa retractacion. Y se la ofrecemos con mayor gusto, porque no la habria pedido nunca, por permitirle su acreditada reputacion desdeñar altamente una imputacion tan odiosa como ridícula. Ya sabemos quién es el miserable que pretende manchar un nombre sin tacha, y nos duele sobremanera que la prosa de un petardista vil haya manchado las páginas de nuestro diario. Hemos comprado un excelente látigo, y se lo avisamos á M. B-w-t, por si gusta pasarse por nuestra redaccion. »

Tanto satisfizo á mi amo la lealtad de aquella retractacion, que dirigió en seguida al redactor en jefe una expresiva carta en la que le incluía un billete de quinientos francos. Con igual direccion habia remitido una suma equivalente antes de leer el artículo reparador; no he podido nunca adivinar el motivo.

Cinqpoints, como ya os he dicho, habia comprado un carruaje y tomado cochero. Así que terminó el negocio del periódico salimos de Bolonia en el tren mas bonito del mundo. ¡Era preciso vernos á la usanza de viajeros millonarios!

Nuestro postillon llevaba un sombrero del que caian dos anchas cintas, una chaquetilla ajustada y unas botas... ¡Cielos! ¡qué botas! No he visto en mi vida nada parecido. Un obispo habria podido predicar desahogadamente en una de ellas, y en la otra se podria colocar un numeroso auditorio. Yo y Schwigschuapps (así se llamaba el cochero) íbamos detrás, y el señor dentro, liado en un gabán y con aire de bajá.

En fin, salimos de Bolonia saludando á una apiñada muchedumbre, que discurria por la calle donde estaba situado nuestro hotel.

Adios, pues, amigo lector, ó mas bien hasta la vista. Nos volveremos á ver en Paris, donde mi amo formó en seguida relaciones con dos señoras, de las que os hablaré en el capitulo siguiente.

III.

¿CUÁL DE LAS DOS?

El lugarteniente general, sir Jorge Griffin, caballero de la orden del Baño, etc., etc., tenia cerca de seten-

ta y cinco años cuando abandonó á su familia y al ejército de la India, del que era hacia mucho tiempo una de las mas brillantes nulidades.

Su familia se componia de una viuda de veinte y tres años y de una hija que podia tener veinte y cinco. Cuando la muerte de nuestro valiente permitió á las dos señoras dejar las Indias, se apresuraron á gozar, bajo un clima menos abrasador, de la buena fortuna adquirida por su cuñado difunto.

Una permanencia de algunos meses en Lóndres, les demostró que su cualidad de advenedizas las impediria brillar allí en la sociedad mas escogida y se decidieron á visitar la capital de Francia, donde los extranjeros pasan fácilmente por eminentes personajes, si tienen mucho dinero para derrochar.

El lector habrá conocido que miss Griffin, que tenia veinte y cinco primaveras, no podia ser hija de una viuda de veinte y tres. En efecto, por muy precoces que sean en las Indias respecto al santo matrimonio, no lo son hasta ese punto. Se comprende, por tanto, sin necesidad de decirlo, que lady Griffin era la segunda mujer de sir Jorge, y miss Matilde el fruto de su primer enlace.

Milady, hija de Leonora Kichsey, al hacer un viaje á Calcuta (donde fué solo por abrazar á uno de sus tíos, y no con la esperanza de encontrar allí su media naranja), se habia casado á los diez y nueve años con el general que entraba á la sazón en sus setenta y un inviernos. Las otras trece señoritas Kichsey, de las cuales nueve vivian de una modesta pension en Islington, y tres estaban casadas con barateros, se enorgullecieron al emparentar con una lady y se apresuraron á enviarla sus felicitaciones. Miss Jemina, la mas vieja y ladina de las trece, se fué á vivir con su hermana, y por ella tengo estas noticias. No he tomado informes sobre el resto de la familia, por ser gente de poco pelo... A Dios gracias, no tengo relaciones con las clases inferiores.

Jemina vivia con su hermana en calidad de aya ó de intendenta. ¡Pobre niña! mejor querria ser presidiario, que arrastrar una existencia parecida. Todos los de la casa se mofaban de ella. Las criadas la trataban como á una inferior. Hacia el té, cuidaba á los animales, llevaba la cuenta y repasaba la ropa. En las reuniones de su hermano tocaba el piano, sin que el mas modesto de los danzarines la invitase ni una sola vez. Otro de sus numerosos encargos consistia en acompañar á miss Matilde los romances sentimentales que cantaba de falsete. Por lo mismo que la incomodaban los perros, la hacian acompañar diariamente al Carlitos de su hermana; como se mareaba casi siempre con el movimiento del carruaje, cuando por casualidad subia en el de su hermana, la colocaban al lado de los cristales. ¡Infortunada Jemina! Me parece que aun la estoy viendo mal pergeñada, con un vestido de pauplen, tan gastado y tan escurrido, que no le querria ni la fregatriz mas humilde, y un sombrero de terciopelo encarnado con un pájaro del paraíso melancólico y desplumado.

Además de este adorno de sus salones, lady y miss Griffin tenian una numerosa servidumbre: dos doncellas, tres lacayos, verdaderos tambores mayores, cuyo uniforme se componia de unos levitones carmesis, con vueltas de cachemir blanco; un cochero muy grueso con empolvada peluca, y un cazador con cascaca de costuras bordadas, que cualquiera tomara por un embajador. Añadid á esto dos palefreneros, un cocinero, muchos marmitones y otros que no recuerdo en este instante.

Lady Leonora Griffin ocupaba en la plaza Vendome un departamento de los mas incómodos, lo cual no era óbice para que pagase por él un alquiler fabuloso, que la deba cierta posicion en el gran mundo parisiense.

Ahora que he indicado ya su domicilio y enumerado el personal de su servidumbre, me será permitido ocuparme de ellas.

Empezaré por decirlos que se detestaban cordialmente, aunque esto es tan natural, que casi era inútil referirlo. Milady, viuda de dos años ha, era alta, rubia, colorada y regordeta. Tenia el aire tan frío, que al mirarla temia uno constiparse: se traslucia claramente en su semblante, que era muy difícil despertar un sentimiento profundo y sobre todo afectuoso. Con efecto, desde que vino al mundo, solo se quiso á sí misma; pero, en desquite de la eterna sonrisa esteotipada sobre sus labios, que aun conservaban algo de su primitivo carmin, odiaba á cualquiera que le hiciese la menor afrenta, donde un duque, vecino suyo, que no supo mostrarse solícito para conquistar su afecto en el último baile de madama X... hasta el transeunte que tenia la desgracia de pisarle el vestido. Su corazón se parecia á esas piedras litográficas, de las que es imposible borrar un dibujo, cuando un agravio real ó imaginario se grababa en la piedra... quiero decir, sobre el corazón de milady, nada podia borrarle.

La maledicencia no se habia cebado en su reputacion; de modo que, aunque pasaba por haber sido la mejor de las esposas, esto no obsta para que matase á su marido á fuego lento, con tanta seguridad como si le hubiera administrado arsénico ó cualquiera otro veneno de moda. No gruñia jamás; ni aun se permitia tener ataques de nervios; pero era tan roñosa como lo son casi todas las mujeres, y sabia convertir una casa en un verdadero infierno. Ponia en tortura y asesinaba á alfilerazos á los infelices que estaban condenados á vivir á su lado.

Miss Matilde parecia mucho menos amable que su madrastra al primer golpe de vista, pero en el fondo creo que era mucho mejor. La señorita era tan morena y sentimental, como rubia y fria la señora; la una se encolerizaba siempre, la otra jamás. Esta incompatibilidad de temperamentos producía numerosas y temibles reyertas, y nadie se explicaba la obstinacion de aquellas dos mujeres, de vivir juntas.

Sir Jorge Griffin habia dejado al morir una fortuna de siete millones y medio; pero todos ignoraban la cláusula del testamento. Unos afirmaban que el general habia dejado á milady por única heredera; otros pretendian que la herencia estaba repartida entre ambas en iguales partes; mientras que algunos sostenian que la viuda tenia el usufructo, y que el capital pertenecia á la hija. Estos detalles, que el lector juzgará inútiles, interesaban vivamente á Cinqpoints, que habia llegado á ser el amigo intimo de ambas.

Viviamos cómodamente en el hotel Mirabeau, calle de la Paz. Teniamos carruajes, caballos de montar, letra abierta en casa de un conocido banquero, palco en la Opera y comidas en casa de S. E. lord Bobtail. Gracias al dinero del pobre Dakins, gastábamos un lujo propio de nuestra clase.

Cuando Cinqpoints se vió dueño de un capital de mas de cien mil francos, habia resuelto prudentemente renunciar al juego, ó al menos lo decia así á cuantos querian oírsele. Arriesgar una veintena de luises al *whist* ó al *ecarté*, no se llama ser jugador.

Pero nada de jugar mucho, repetia á cada momento. No, no; por nada del mundo. Habia jugado como la mayor parte de los hijos de familia; habia perdido y ganado sumas crecidas... (nunca se vanagloriaba de haber pagado); pero desde ahora en adelante se mostraba decidido á arreglarse y á no ganar mas que su renta.

Preciso es confesar que mi amo era un gran cómico; por mas difícil que fuese su papel, no heria nunca el oído, cautivando por la franqueza con que contaba las locuras de su juventud. Todos los domingos iba á la iglesia protestante de la calle d'Agueseau. Yo le seguia á algunos pasos de distancia con una Biblia muy grande debajo del brazo y un librito de oraciones con canto dorado y forro de piel de Rusia. Al verle recatarse el rostro con el ala del sombrero, antes de empezar sus oraciones dominicales, hubierais jurado que era en vano buscar en el libro de blasones inglés el nombre de un joven tan elevado, tan moral, tan piadoso, como el honorable Héctor-Percy Cinqpoints.

Todas las viudas, con hijas casaderas, que le veian en los salones de lord Bobtail, levantaban los ojos al cielo cuando hablaban de él. Nunca habian visto un joven mas amable, mas excelente. ¡Qué buen hijo debia ser! y sobre todo, ¡qué buen yerno haria! Al cabo de dos meses, Cinqpoints se hubiera podido casar con todas las jóvenes inglesas residentes en Paris. Desgraciadamente, ninguna de ellas tenia un dote pasadero, y el excelente joven se cuidaba muy poco de los afectos del corazón.

Mi amo proyectaba visitar la Alemania, cuando lady Griffin y su hijastra llegaron á Paris; entonces no pensó mas en partir. Se sentaba á su lado en la iglesia; bailaba con ellas en la embajada; las servia de caballero en los Campos Eliseos ó en el bosque de Boulogne; escribia sonetos en el album de la doncella; cantaba duos con la viuda; daba terrones de azúcar á Carlitos, propina á los criados, y se mostraba político hasta con la desgraciada Kichsey; así es que le adoraban todos los de aquella casa.

Fácilmente se trasluce que nuestras dos gallinas, que no vivian en muy buena armonia cuando se presentó el gallo, no se avinieron mas cuando este se presentó en el horizonte. Siempre habian estado celosas la una de la otra. La madrastra envidiaba la vivacidad de su hija política, esta la belleza de aquella.

Bien pronto sus celos tuvieron una razon de ser mas serios, puesto que las dos se enamoraron de mi amo.

Lady Griffin no tardó en experimentar hácia él un afecto tan vivo como podia permitirle su egoísmo. Cinqpoints la divertia. Además, la enorgullecía tener por caballero sirviente á un hombre tan joven, tan guapo, de tan buena familia, de una conducta intachable, y que tan bien montaba á caballo. Deudora de su encumbramiento, solo á la casualidad, tenia naturalmente un gran respeto á la aristocracia nobiliaria, como conviene á toda inglesa leal.

El amor de miss Matilde era, por el contrario, fuego y llama; habia tenido muchas pasiones desgraciadas desde su salida del colegio, de donde se dejó robar por un suizo que daba lecciones de inglés en el establecimiento. La señorita Griffin se enamoró perdidamente de Cinqpoints. Cuando estaba delante, todo se volvia suspiros incendiarios, zalamerias, miradas asesinas.

Apenas podia yo contener la risa, cuando le entregaba á mi amo los billetes que aquella interesante joven le escribia cerrados en forma de tricordio, y mas perfumados que el cajón de un expendedor de esencias. Aunque mi amo era un solemne pillo, tenia sangre de noble en sus venas, y no habia que temer que el ardor de Matilde traspasase los límites de la conveniencia. Verdad es que la muchacha era bizca y jorobada, lo cual explica hasta cierto punto la buena conducta de mi señor.

Suponiendo á las dos de una fortuna igual, Cinqpoints habria preferido á la viuda; pero en eso estaba

el *quid*. Se trataba de saber cuál de las dos había heredado los millones del general Griffin. Si este bravo oficial hubiese tenido la feliz ocurrencia de morir en Inglaterra, nada más fácil que averiguar lo que se deseaba, dirigiéndose a *Doctors Commons*, a quienes por la corta cantidad de un franco á veinte y cinco francos se les compraría el derecho de consultar el testamento del difunto. Por desgracia, nuestro héroe había muerto en Calcutta ó en otro punto de las Indias orientales, y era mucho más difícil procurarse una copia de su última voluntad.

Para ser justo con Cinpoints, debo añadir, que el amor que profesaba á lady Griffin (hacia el amor á las dos simultáneamente) era tan desinteresado, que se hubiese casado de buena gana con ella, aun sabiendo de positivo que tenía algunos cientos de miles de francos menos que su hijastra.

Interin que podía averiguar cuál de las dos poseía mas títulos á su cariño, las tenía en jaque. Esto no era difícil para un hombre de su amabilidad.

Además, sabía que Matilde le concedería su mano en el momento que se dignase pedírsela.

IV.

PADRE É HIJO.

Cuando os digo que á mi amo le adoraban todos en casa de Griffin, debí hacer una excepcion en favor de un jóven francés que, habiendo sido presentado á milady antes que nosotros, se manifestaba muy asiduo á su lado y ocupaba en sus afecciones el puesto que el honorable Percy Cinpoints debía usurparle bien pronto.

El aplomo con que mi amo despojó el pobre caballero Orge, fué un delicioso espectáculo y un soberbio ejemplo. Aquel jóven era tan buen mozo como mi amo, tenía la misma edad, pero estaba muy lejos de ganarle en impertinencia. Y no es porque esta cualidad sea rara en Francia; todo al contrario; pero pocas, muy pocas personas la poseían en tan alto grado como Cinpoints. Añádase á esto que Orge estaba real y verdaderamente enamorado de lady Griffin, y que mi amo solo quería sus pesetas, y se conocerá la gran ventaja del último.

Cinpoints había dicho mas de mil galanterías á milady, antes que el desechado caballero, triste y pensativo, se resignara lanzando hondos suspiros que comprometían seriamente la existencia de los botones de su chaleco.

¡Amor! ¡amor! ¡no es así como se gana el corazón de una mujer! De mí sé decir, que tambien he suspirado, he gemido y he languidecido, sin conseguir nada. Las cuatro primeras mujeres que he amado se burlaron de mí, y prefirieron á otro cualquiera mas recreativo. Con las demás he adoptado otro sistema que, en honor de la verdad, me ha tenido mas cuenta. Pero héme aquí hecho un egoísta, y es defecto que odio intensamente.

En breve M. Fernando-Javier-Estanislao del Orge fué admitido á hacer valer sus derechos á la retirada, por el solo hecho de presentarse el honorable Percy Cinpoints. A pesar de su descalabro, el jóven francés no tuvo valor para abandonar la plaza. La viuda, por su parte, no quería rechazarle completamente, porque la hacía una multitud de servicios; la anunciaba las funciones de los teatros, la proporcionaba invitaciones de baile, corregía el estilo de sus cartas, etc., etc.

Recomiendo á cuantos viajen por el extranjero que procuren relacionarse con uno de esos jóvenes, que saben hacerse tan útiles. Cualquiera que sea la edad de una señora, la rodean continuamente, la hacen la corte por necesidad, y escriben en su album versos sentimentales.

Nota: Los referidos jóvenes, elegantes siempre y tan bien peinados como un mozo de café, beben muy rara vez mas de una botella en la comida.

Mi amo que se había mostrado siempre muy político con su rival, no le trató con menos miramiento despues de alcanzar la victoria.

El cándido Fernando amaba demasiado á milady para mostrarse abiertamente celoso ó disputarle el derecho de tener mas de un pretendiente á la vez. Ella tampoco lo hubiese cedido fácilmente, porque le divertía mucho cuando le hablaba en inglés.

Cinpoints tenía dos cuerdas en su arco, y creía poder casarse á eleccion con la viuda ó con la huérfana. Solo faltaba, como antes hemos dicho, saber cómo había dispuesto sir Jorge de su fortuna que evidentemente pertenecía á lady Griffin, á miss Matilde ó á las dos. De todos modos, Cinpoints estaba seguro del consentimiento de la bizca, todo lo seguro que puede estar en este mundo sublunar, donde nada hay cierto mas que la incertidumbre.

En tal estado se hallaban las cosas, cuando un accidente imprevisto vino á desbaratar nuestros cálculos.

Al volver una noche del teatro de los Italianos, donde habíamos llevado á la viuda y á la huérfana del general Griffin, despues de haber cenado en su casa un salmí de chochas y champagne helado, me dijo mi amo que estaba de muy buen humor:

— ¡John, cuando me case te doblaré el salario! Y ciertamente podía cumplir su promesa sin arruinarse, porque no me lo pagaba nunca. ¿Pero y qué? ¡Bien estaríamos los criados si nos viésemos reduci-

dos á vivir de nuestro salario! No por esto dejé de atestiguarle con algunas sentidas frases mi agradecimiento. Juré que no le servía por el salario, (no mentía), y que nunca le abandonaría por mi gusto.

Apenas habíamos terminado estos dos discursos, el de mi amo y el mio, cuando llegamos al hotel Mirabeau que está próximo á la plaza de Vendôme. Subimos á nuestro cuarto, yo con una vela en la mano y Cinpoints tarareando un trozo de ópera.

Abri la puerta del salon, y nos le encontramos perfectamente alumbrado. Nos encontramos en el suelo una botella vacía, otra medio llena habia sobre la mesa, al lado de la que habían traído un sofá. Recostado en este se hallaba un hombre fumando un cigarro puro con la misma tranquilidad que si estuviese en una plaza pública.

El lector no ignora que Cinpoints aborrece el tabaco; excusado es por tanto añadir que le desagradó extraordinariamente el encuentro y que preguntó quién era el fumador cuya fisonomía no era posible distinguir al través del humo que la rodeaba completamente.

El intruso se levantó, y soltando una carcajada sonora y prolongada, le dijo:

— ¡Como! Percy, ¿no me conoces?

En el capítulo anterior dimos cuenta de una epistola patética, firmada por el conde de Crabs, que terminaba solicitando un préstamo de diez mil francos; pues bien, el autor y firmante de aquella carta era el que fumaba y reía en nuestro cuarto.

Lord Crabs tendría unos sesenta años. Era un viejo rubicundo, calvo, bastante bien conservado á pesar de su excesiva obesidad. Tenía ese aire de dignidad peculiar á las personas habituadas á inspirar respeto, y aunque hubiese bebido con abundancia, no parecía estar mas ébrio que lo que corresponde á un hombre de su elevada categoria.

— ¡Cómo, muchacho, no conoces á tu padre! repitió adelantándose hácia su hijo, á quien alargó su mano.

Mi amo se la dió no de muy buena gana. Conoció que no le era grata esta visita inesperada.

— Milord, balbuceó, yo no... confieso la verdad... este inesperado placer... Lo que siento es, continuó, reponiéndose un poco, que no os he conocido al pronto... Ese diablo de humo...

— ¡Una mala costumbre, Percy, bien sucia! interrumpió el padre encendiendo otro cigarro. Una estragadora manía, que harás bien de evitar, mi querido hijo. Todo el que se entregue á este funesto pasatiempo arruina su inteligencia y puede renunciar á todos los trabajos serios: no solo destruye su salud, sino que ofende á todas las narices bien organizadas. Uno de nuestros antecesores enviaba á sus lacayos á los paseos públicos con el cigarro en la boca para hacer que se fuesen los que estaban paseando; pero ahora degeneramos, amigo mio... A propósito, manda á tu criado al café de Paris y que me traiga unos buenos cigarros elegidos, porque los que dan en esta fonda son caoba.

Milord se sirvió un vaso de champagne y le apuró en menos tiempo del que había gastado para llenarle.

Mi amo hizo un gesto de desagrado, pero me dió un napoleon mandándome que saliese á buscar cigarros buenos. Como yo sabía que el café de Paris estaba ya cerrado, metí el dinero en el bolsillo y me senté en la antesala, desde donde podía ver lo que pasaba en el cuarto.

— ¡Sirvete y pásame la botella, repuso lord Crabs despues de algunos minutos de silencio.

Mi amo que era el rey de todas las sociedades que se dignaba honrar con su presencia, parecía un tímido escolar al lado de su padre. Abrió el armario de donde había sacado dos botellas el intrépido viejo, y le puso delante una tercera, haciendo saltar antes el tapon. Despues de haber llenado este deber, mi amo tosió, escupió, arregló el fuego, abrió las ventanas, se paseó en todas direcciones, y acabó por llevar la mano á su frente como para atenuar los dolores de una súbita jaqueca. Todos estos signos de malestar fueron inútiles, lord Crabs no se movió siquiera.

— ¡Sirvete y pasa la botella, repitió.

— Gracias, papá, no bebo ni fumo.

— ¡Tienes razon, hijo mio, mil veces razon! ¡Una buena conciencia vale de oro lo que pesa; pero ¡y un buen estómago! ¿No tienes algunas noches de insomnio? ¿Te duele la cabeza á la mañana siguiente ó te levantas fresco y dispuesto, al rayar el dia, para emprender de nuevo tus estudios?

Mi amo permanecía inmóvil. Su digno interlocutor, acalorándose á medida que hablaba, bebía un trago de champagne al final de cada frase, sin duda para arreglar bien la puntuacion.

— ¡Con tu talento y con principios semejantes irás muy lejos! En Lóndres se habla mucho de tus hazañas y de tu insolente fortuna; pero por mucho que te elogien, nunca te harán mas que justicia. Tú no eres únicamente un filósofo, sino que has encontrado la piedra filosofal, lo que es infinitamente mejor. Un cuarto precioso, carruajes, caballos, un vino delicioso... y todo con una corta renta, que apenas contentaría á un campesino.

— ¿Me figuró que aludireis á la que generosamente me habeis concedido?

— ¡Precisamente, mocito, precisamente! respondió lord Crabs, riéndose á carcajadas. ¡Pardiez, esto es lo maravilloso del asunto! Con una renta, que no recibes, sostienes tanto lujo. Confíesame tu secreto, ¡jóven aprovechado! Di á tu anciano padre cómo se hacen

tales maravillas, y entonces... entonces, te doy mi palabra de honor, te pago al corriente la cantidad que te he señalado y los atrasos tambien.

— Al grano, milord, dijo al fin Cinpoints impacientado; ¿haceis el favor de indicarme el objeto de vuestra visita? Me hubiérais visto morir de hambre sin experimentar grande pena, y hoy, porque he salido triunfante en mi carrera, os agrada mostraros jocosos á mis expensas; porque me veis en la prosperidad, venis...

— Qué, ¿no lo adivinas? interrumpió el lord. Espera un poco que voy á llenar mi vaso... Es admirable ver cómo pasan por delante de mí esas diabólicas botellas, cuando estoy solo para consumirlas... Vamos, reflexiona un poco. Estás en pleno auge, y tú, hombre de talento, ¿me preguntas qué motivo me obliga á buscar tu amable sociedad! ¡Ah! Percy, ¿eres menos filósofo de lo que creía! ¿Por qué he venido? Claro está, porque eres rico. De no ser así, ¿á qué había yo de molestarte? Tu madre ó yo ¿hemos descubierto nunca en tí la sombra de un sentimiento cariñoso? ¿Han llegado nunca á nuestra noticia tus acciones buenas ó malas? ¿Hemos fingido alguna vez quererte por virtudes que no tienes? Yo soy la mas antigua de tus víctimas, puesto que he pagado millares de libras para satisfacer tus primeras deudas. Esta es una debilidad, lo sé: felizmente estás en posicion de repararla, al menos en parte. Cuando te escribí pidiéndote dinero, no esperaba respuesta favorable. Si te hubiese anunciado mi visita, la hubieses esquivado con política; y como necesito no diez, sino veinte y cinco mil francos, he llegado sin tambor ni corneta. Ahora que ya sabes la causa que me trae, sirvete y pásame la botella.

Al terminar estas frases, lord Crabs volvió á echarse sobre el sofá y encendió otro cigarro. Confieso que esta escena me encantó infinitamente. Me agradó sobremanera que el venerable anciano, descargando golpes tales sobre su indigno retoño, vengase al infortunado Ricardo Blewitt. El rostro de mi amo, segun pude observar por una rendija de la puerta, tomó varios matices. Por último, respondió en estos términos:

— Milord, no quiero ocultaros que casi había adivinado el motivo de vuestra visita. No me son desconocidos los nobles sentimientos que os animan, y reconozco humildemente que todas las virtudes que poseo son fruto de vuestros saludables ejemplos. Cuando esteis menos conmovido, milord, conoceréis toda la ridiculez de vuestra demanda; á pesar de mis defectos, soy lo bastante prudente para guardar el dinero que tengo el trabajo de ganar.

— ¡Muy bien, señor mio! replicó lord Crabs con un tono jovial. ¡A tu gusto! solamente que si rehusas, tanto peor para tí. No tengo deseo alguno de perjudicarte, á no ser que me obligues á ello. No estoy encolerizado, nada de eso; pero te prevengo que obrarás con cordura, prestándome los veinte y cinco mil francos... Si no, puede ser que te cueste mas.

— Caballero, replicó Cinpoints, voy á ser tambien franco como vos; no os daré un sueldo, y pensad que si quisiese podría quitaros...

En este instante creí de mi deber abrir la puerta, y quitándome el sombrero, me adelanté diciendo:

— Señor, el café de Paris está ya cerrado.

— ¡Tanto peor, tanto peor! repitió el conde. Guárdate los cinco francos, muchacho... (Esta era mi intención) y acompáñame.

Iba á obedecer, pero se interpuso mi amo.

— Cómo, milord, exclamó, queréis que os acompañe un criado estando yo aquí. No, no, mi querido padre; la ausencia no me ha hecho olvidar el respeto que os debo.

Entonces bajaron juntos.

— Buenas noches, Percy, dijo lord Crabs con un tono afectuoso, así que llegaron á la puerta de la calle.

— Dios os bendiga, milord, contestó Cinpoints. Arropaos bien... y tened mucho cuidado... Buenas noches, padre mio, buenas noches.

Así se separaron estos dos virtuosas personajes.

V.

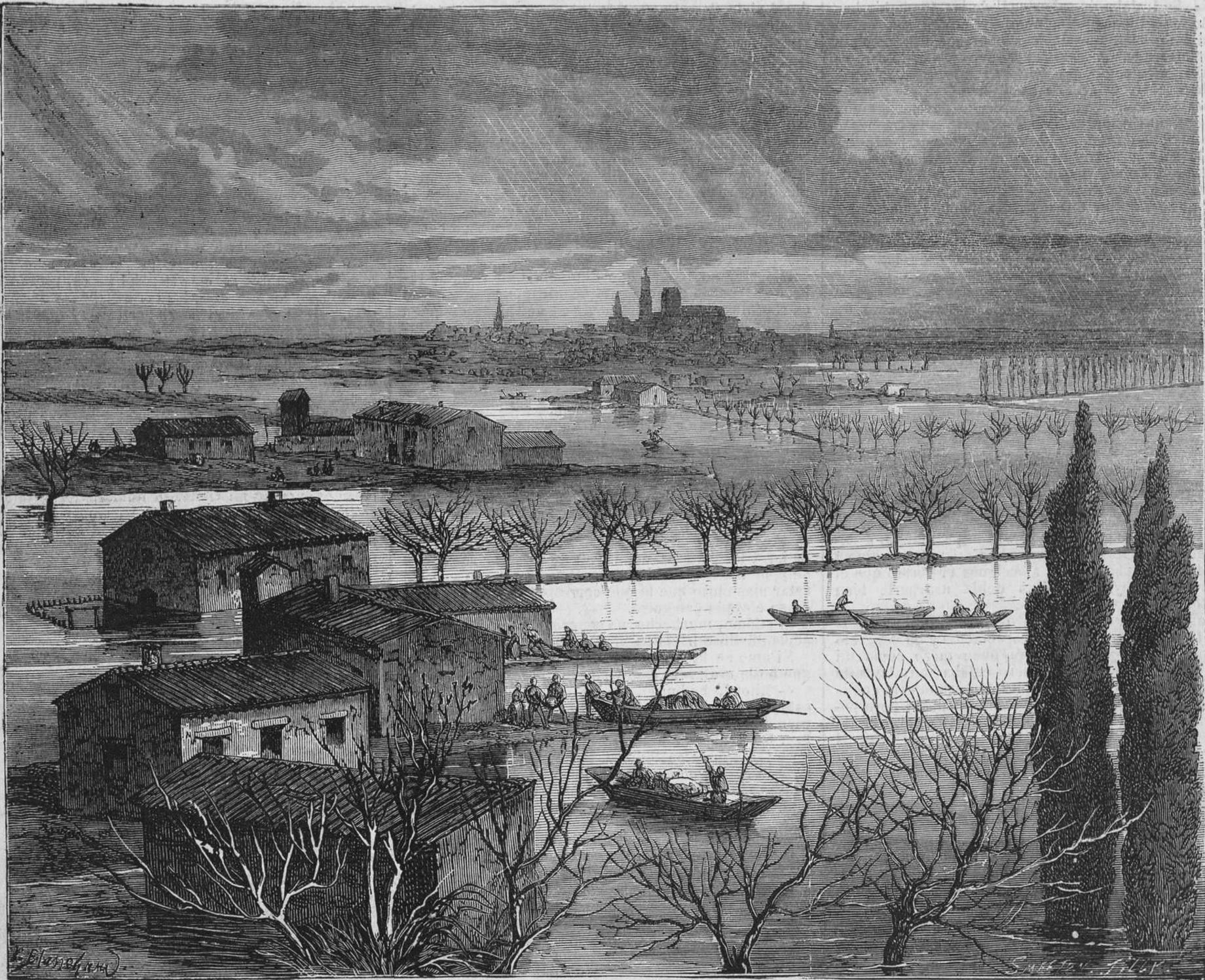
INTRIGAS.

Al dia siguiente Cinpoints se levantó con la fisonomía descompuesta de un hombre que ha dormido mal. Sabía que la visita de su padre no le presagiaba nada bueno. Mientras almorzaba le oí algunas frases incoherentes, y despues le vi delante de su papelera ocupado en contar algunos paquetes de billetes de banco. Separó unos cuantos, cuyo proyectado empleo conocí sin valor, pero no tardó nada en mudar de consejo.

— No, no, murmuró colocándolos en una cajita. ¿En qué puede perjudicarme? Por muy astuto que sea, soy su digno discípulo.

En seguida se apresuró á vestirse para ir á presentar sus homenajes á la hermosa viuda y á la huérfana. Apenas acababan de dar las diez, cuando estaba ya en su casa, dictándolas, por decirlo así, el empleo de aquel dia:

- 1º Paseo á caballo en el bosque de Boulogne.
- 2º Segundo almuerzo.



LAS INUNDACIONES. — Aspecto del llano de Aviñon, inundado por las aguas del Durance.

3º Peregrinaje sentimental á la tumba de Eloisa y Abelardo.

4º Id. id. á la pastelería de moda.

5º Paseo en carruaje por los Campos Eliseos.

6º Comida.

7º Asistir á la primera representacion de la *Casta Susana* en el teatro de la Puerta de San Martin.

Este programa, con excepcion de los dos últimos artículos, obtuvo el asentimiento de nuestras damas.

— Ya tenemos donde pasar la noche, querido amigo Cinqpoints. Una amabilísima invitacion de la simpática lady Bobtail... Leed vos mismo, dijo la viuda dando á Percy un billete que decia así :

« Querida lady Griffin :

» Hace no sé cuántos siglos, que no tengo el gusto de veros. Acaso tengo yo alguna culpa; pero lord Bobtail y yo, estamos tan abrumados por nuestros deberes públicos, que no tenemos tiempo para visitar á los amigos personales, en cuyo número nos permitirá lady Griffin que la contemos. Hoy tenemos por casualidad un momento de respiro; sed, pues, caritativa y venid á comer en familia á la embajada. Espero que vuestra hija política os acompañará y nos dejará despues oír una de esas romanzas, que nadie canta como ella. Tal vez habria debido dirigir á miss Griffin una invitacion separada; pero ella es demasiado buena para no usar de indulgencia con una pobre diplomática que tiene tantas cartas que escribir.

» Adios, querida mia. A las siete os espero; no tendré por valedera ninguna excusa. Entre tanto, creed en los sentimientos cariñosos de

» Vuestra afectisima,

» ELISA BOBTAIL. »

Semejante esquila, escrita por una embajadora y remitida por el cazador de S. E., tenia que conmovier necesariamente á una aristócrata advenediza. Por eso renunció á describir la alegría de lady Griffin. Mucho

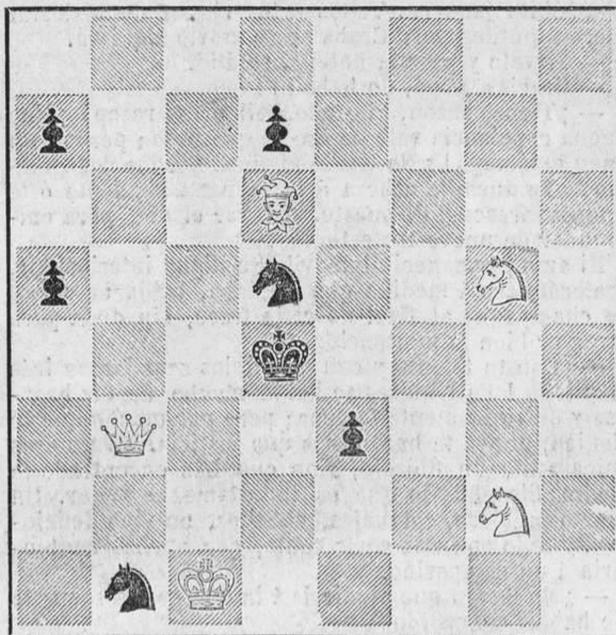
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 369.

- 1 C 4ª R A toma C
- 2 Rª 5ª ARª jaque R 4ª Rª
- 3 R 5ª ARª jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 370, POR M. J. DOBRUSKY.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

tiempo antes de entrar mi amo habia mandado á la embajada una respuesta afirmativa con sus lacayos Fitzclarence y Mortimer.

La lectura de la carta no alegró mucho á Cinqpoints, porque conoció en seguida que habia gato encerrado, que se fraguaba un complot oculto.

— ¿Tendremos ya á mi padre en campaña? se preguntó. Esto se llamaria madrugar.

Devolvió á lady Griffin la esquila invitatoria encogiéndose de hombros, y despues de haber aventurado un *¡pisth! ¡pisth!* bastante expresivo, declaró que segun su modo de ver, semejante invitacion, por los términos en que estaba dirigida mas bien que otra cosa era un insulto.

— Lady Bobtail, dijo, se habrá encontrado á última hora dos puestos vacios en la mesa, y eso es todo.

Pero en vano desplegó todos los recursos de su astuta elocuencia; no tenia que habérselas con una verdadera lady, sino con la viuda de un sencillo caballero de la orden del Baño, que habia empezado por ser grumete en un navío de la compañía de las Indias. Lady Griffin, que solo habia asistido á las grandes recepciones de la embajada, se conceptuó demasiado feliz al ser admitida con tanta intimidación para que prestase oído á los sarcasmos de su *caballero sirviente*. Comer en casa de lord Bobtail en familia. ¿Podia rehusarse tan grande honor? No; el pobre Percy tuvo, pues, que resignarse á comer solo. Pasó, no obstante, la mayor parte del dia con ellas, se mostró espiritual y festivo con milady, tierno y sentimental con la hija, y no las abandonó hasta que le despidieron, á fin de empezar su tocado.

Cuando abrió la puerta de la sala para anunciar que ya estaba el carruaje de mi amo (porque en aquella casa estaba yo casi lo mismo que en la nuestra), le vi que sacaba algo de su bolsillo y lo escondia en uno de los rincones del divan.

— ¿Qué juego será este? me pregunté.

(Se continuará.)